





Carole Mortimer

Tras el cariño

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

TRAS EL CARIÑO, N.º 68 - agosto 2012
Título original: Prince's Love-Child
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-0733-4
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

Prólogo

RIK! ¡Rik Prince! ¿Es posible que seas tú? Rik se quedó helado con el primer sonido de aquella voz ronca y sensual. Sus músculos y sus tendones se paralizaron y su pecho dejó de subir y de bajar. Su corazón fue lo único que siguió funcionando; pero a un ritmo más rápido de lo normal, como si intentara protegerse del recuerdo de un dolor.

La reconoció al instante.

Era una voz que había oído muchas veces en sueños. Una voz que, todos los días, durante meses, lo había instado a levantar el auricular del teléfono para volver a oír su tono cálido al otro lado de la línea. Y todos los días, colgaba antes de llamar.

Llevaba mucho tiempo sin pensar en ella; tanto tiempo que había llegado a convencerse de que su vieja infelicidad estaba muerta y enterrada.

Pero cabía la posibilidad de que se hubiera equivocado.

–¿Rik?

La voz, de acento inglés, sonó más cerca. De hecho, Rik supo que Dee se encontraba justo detrás de él incluso antes de sentir el contacto de su mano.

Con un esfuerzo, recobró el control de su cuerpo y volvió a respirar. Quedarse allí, en mitad de la calle, paralizado por la sorpresa, no era la mejor forma de afrontar el problema. Tenía que darse la vuelta y mirarla.

Cuando por fin lo hizo, descubrió que estaba más guapa que nunca.

Alta, rubia, de piel morena y con los ojos verdes más increíbles que había visto en su vida. Diamond McCall, Dee para los amigos. Habían pasado cinco años desde que Rik la dejó, pero seguía haciendo honor a su nombre; era un diamante de belleza cegadora.

Un diamante que irradiaba glamour hasta con los vaqueros desgastados y la sencilla camiseta de color rosa que se había puesto aquel día. Un diamante que se había convertido en la actriz mejor pagada de Hollywood. Un diamante cuyo nombre en los títulos de crédito bastaba para que cualquier película fuera un éxito de taquilla.

Pero también era la esposa de otro hombre.

–¡Sabía que eras tú! –la cara de Dee se iluminó con una gran sonrisa–. Me habían dicho que si te quedas el tiempo suficiente en los Campos Elíseos de París, terminas por encontrarte a todo el mundo… ¡Pero no lo había creído hasta ahora! ¿Qué estás haciendo aquí?

Rik no encontró una respuesta. No sabía qué estaba haciendo allí ni, a decir verdad, quién era. Su mente se había quedado en blanco en cuanto miró sus ojos verdes.

–¿Es que sigues enfadado conmigo?

Él se preguntó lo mismo. Había estado muy enfadado con ella y con su madrastra y su hermanastra, un par de manipuladoras decididas a que Dee se casara con el multimillonario y poderoso Jerome Powers. Pero al mirarla ahora, le pareció difícil de creer que alguien pudiera estar enfadado con una criatura tan bella y tan llena de energía.

–Di algo, por favor… –insistió ella, sin dejar de sonreír.

Rik no estaba seguro de poder decir nada. Se sentía como si se le hubiera quedado la lengua pegada al paladar; un hecho más propio de un adolescente que de un guionista de treinta y cinco años con éxito profesional que, por si eso fuera poco, era copropietario de una compañía cinematográfica.

En otras circunstancias, le habría parecido patético; pero en esas, le pareció una reacción justificada.

Al fin y al cabo, no esperaba encontrarse con Dee.

Su día había empezado como todos los días de los dos meses que llevaba en la capital francesa. Se había despertado a las ocho, había paseado por la orilla del Sena, había regresado al hotel para desayunar café y croissants y se había dedicado a leer el periódico hasta que llegó la hora de volver a salir para localizar un sitio donde comer.

Nada, en ningún momento de su rutina diaria, le había advertido de

que aquella mañana se iba a encontrar con Dee McCall.

Pero tenía que decir algo. No se podía quedar así, como un pasmarote.

–Tienes buen aspecto, Dee.

–Y tú –dijo ella con una mirada coqueta.

Dee intentó añadir algo, pero él quiso hablar al mismo tiempo y se interrumpieron el uno al otro.

–¿Qué ibas a decir? –preguntó ella.

–No, tú primero…

Rik pensó que era una situación desconcertante. Se habían querido demasiado como para imaginar que se comportarían como un par de desconocidos, con incomodidad y torpeza, cuando se volvieran a encontrar.

–Solo iba a preguntar si estás con alguien.

Él sacudió la cabeza.

–No, ¿y tú? ¿Estás con Jerome?

Jerome era su marido. El hombre con el que se había casado cinco años atrás. A pesar de los ruegos de Rik.

No era un periodo de su vida del que se sintiera particularmente orgulloso, pero en aquella época estaba tan enamorado de Dee que todo lo demás carecía de importancia para él.

Por suerte, ya no estaba enamorado de ella. Se dio cuenta en ese mismo instante, al mirarla otra vez. Comprendió que solo quedaba el recuerdo de aquel amor, un eco del tiempo que habían estado juntos.

Por aquel entonces, Dee era una veinteañera; acababa de empezar su carrera de actriz y estaba sometida a la presión de su madrastra y de su hermanastra para que se casara con Jerome Powers, un hombre de cuarenta años con más poder en el mundo del cine que los propios hermanos Prince.

Un día, Dee le dijo entre lágrimas que casarse con Jerome era la única forma de librarse del yugo de su madrastra y de su hermanastra. Rik se mostró dispuesto a ofrecerle la misma protección que él, pero no sirvió de nada.

–¿Dee? Ven a ver esto… he encontrado una cartera y un bolso perfectos para ti.

Rik reconoció la voz tan rápidamente como había reconocido la de ella. Era Jerome Powers, su marido.

–¿Rik… ? ¡Rik Prince! –Jerome lo saludó con tanta calidez que Rik

no tuvo más remedio que estrecharle la mano–. ¿Qué estás haciendo en París?

De cabello canoso, encanto sincero y éxito entre las mujeres, Jerome le caía bien a todo el mundo. Incluido Rik, aunque habría preferido odiar al hombre que se había casado con Diamond McCall.

–He estado trabajando, pero en este momento me estoy tomando un par de días libres antes de volver a Estados Unidos.

Jerome asintió.

–¿Qué tal están Nik y Zak? He oído que se han casado hace poco… Supongo que eso te convierte en el único Prince que sigue en el mercado –bromeó.

Rik tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír. Si las cosas no se hubieran torcido cinco años antes, él habría sido el primero de los Prince que se casara; pero la mujer de la que se había enamorado decidió casarse con aquel hombre.

–Los dos están bien. De hecho, son muy felices.

Ese era otro de los motivos por los que Rik pasaba tanto tiempo en París. Aunque le alegra ba que Nik y Zak fueran felices, su felicidad hacía que él se sintiera, en comparación, más solo que nunca.

Y encontrarse con Dee en la calle no mejoraba su situación.

–Excelente –dijo Jerome con entusiasmo–. Dee, ¿por qué no echas un vistazo a la tienda? Sé que te encantarán la cartera y el bolso que he visto… Pero ¿dónde están mis modales? Discúlpame, Rik; todavía no te he presentado a Sapphie…

Jerome se giró hacia la mujer que estaba a su lado.

Hasta ese momento, Rik no se había fijado en la pequeña y preciosa criatura que acompañaba al marido de Dee. Su pelo, que le llegaba a la altura de los hombros, brillaba bajo la luz del sol; y sus ojos, de color ámbar, se clavaron en él con la intensidad y la sagacidad de los ojos de una gata.

Rik pensó que su día no podía ser más extraño. Primero se había topado con Dee y con Jerome; después, se había dado cuenta de que ya no estaba enamorado de ella y ahora, de repente, se sumaba una sorpresa más.

Porque la conocía.

También habían pasado cinco años desde su último encuentro, que había sido breve. Pero la conocía.

En todos los sentidos de la palabra.

Capítulo 1

RIK la miraba con tanto asombro que Sapphie no tuvo ninguna duda al respecto. La había reconocido.

Pero ella supo ocultar sus emociones. Mantuvo una expresión deliberadamente neutra que no traicionó ni su sorpresa ni el efecto de los recuerdos que asaltaron su mente, los de la noche de amor que había disfrutado con él. Hasta se las arregló para disimular su espanto al ver a un hombre al que no esperaba volver a ver.

Alzó su pequeña y redondeada barbilla, le ofreció la mano y declaró, como si no se conocieran de nada:

–Encantada de conocerle, señor Prince. Soy Sapphie Benedict.

Rik estaba tan obnubilado con ella que pasaron varios segundos antes de que estrechara su mano y encontrara las fuerzas necesarias para hablar.

–¿Señorita Benedict? ¿O señora Benedict?

–Señorita –puntualizó ella.

Sapphie apartó la mano con rapidez, como si su contacto le quemara. Habían pasado cinco años y seguía deseando a un hombre al que solo había visto una noche.

–No seáis tan formales –intervino Jerome–. ¿A qué viene eso de señor Prince y señorita Benedict? ¡Rik y Sapphie es mucho más agradable!

Sapphie no tenía intención de ser agradable con Rik Prince. A decir verdad, pensaba dejárselo bien claro en cuanto tuviera la oportunidad de hablar a solas con él.

–¿Por qué no acompañas a Dee a la tienda, Jerome? –le animó–. Rik y yo nos sentaremos a tomar un café… y cuando volváis, ya nos estaremos tuteando.

–Si a Rik le parece bien… –dijo Dee.

Sapphie arqueó una ceja cuando Rik se giró hacia Dee y asintió. Tenía miedo de que Jerome y su esposa empezaran a sospechar si la seguía mirando con tanta intensidad. Pero Jerome no debía de sospechar nada, porque se limitó a sonreír a Dee y a llevarla hacia la tienda mientras manifestaba su deseo de hacerle un regalo para celebrar su aniversario.

El silencio posterior fue tan denso que se podría haber cortado con un cuchillo. Un silencio que Rik fue el primero en romper.

–Yo creía que su aniversario de boda era en septiembre –dijo.

–Y creías bien.

Sapphie se sentó en la terraza de la cafetería donde Dee los había estado esperando mientras Jerome y ella echaban un vistazo a la tienda. Y al ver que Rik permanecía de pie, añadió:

–Siéntate, por favor.

Rik se sentó y Sapphie lo miró con detenimiento.

Era tan guapo como recordaba; estaba algo más delgado, pero seguía siendo el de siempre. Los mismos ojos azules; el mismo cabello oscuro, más bien largo; la misma cara de rasgos fuertes y el mismo cuerpo musculoso, apenas disimulado por los vaqueros y el polo de color claro que llevaba aquella mañana.

Al cabo de unos momentos, suspiró con frustración. Jerome no parecía haber notado las miradas de cariño que Rik dedicaba a Dee, pero ella lo había notado por los dos y había llegado a la conclusión de que seguía enamorado de su antigua novia.

–Jerome no le va a hacer un regalo por su aniversario de boda, sino por el aniversario del día en que se conocieron –explicó.

–Ah, comprendo.

Sapphie no sabía si zarandear a Rik o darle un buen golpe. Le parecía increíble que siguiera enamorado de Dee después de cinco años; especialmente, cuando cualquiera se habría dado cuenta de que era feliz con Jerome.

–No esperaba volver a verte –continuó él–. Ha pasado mucho tiempo.

–¿No esperabas volver a verme? ¿O no querías volver a verme? –

preguntó la joven con ironía.

Él frunció el ceño.

–No lo esperaba –aseguró–. Si quisiera decir otra cosa, diría otra cosa.

–Oh, vamos… –Sapphie sacudió una mano en un gesto de desdén–. No es necesario que mientas. Te aseguro que el sentimiento es recíproco.

Sapphie dijo la verdad. Habría dado cualquier cosa por no volver a ver a Rik Prince. Aunque ahora que lo tenía delante, ya no estaba tan segura.

–Bueno, al menos eres sincera –comentó Rik.

–Una virtud poco habitual en estos tiempos. Y siguiendo con la sinceridad, quiero decirte algo antes de que Dee y Jerome vuelvan.

–Adelante, te escucho.

–No quiero que sepan que ya nos conocíamos.

Él frunció el ceño, la observó durante unos momentos y dijo:

–¿No quieres que sepan que nos conocemos… a fondo?

–Que nos conocíamos. A secas –puntualizó ella–. Prefiero que piensen que no nos habíamos visto nunca.

Rik asintió y le lanzó una mirada llena de ironía.

–Eso no casa muy bien con la sinceridad de la que tanto te jactabas hace unos segundos, ¿no te parece?

–¡No seas obtuso! –protestó ella–. Hay momentos para la sinceridad y momentos…

–¿Para la mentira?

–Estoy segura de que tú tampoco ardes en deseos de que Jerome y Dee sepan que nos acostamos la noche de su boda. La noche después de que perdieras a la mujer de la que estabas enamorado.

Sapphie lo miró con ira, pero su ira no sirvió para enterrar las imágenes de aquella noche, la pasión que habían compartido, el placer de estar entre sus brazos, la atracción que los unía con la fuerza de un imán.

Recordó cada caricia, cada beso y la aceptación mutua de que al final de aquella noche, cuando por fin amaneciera, se marcharían por caminos separados y no se volverían a ver.

–Sí, es verdad, estaba enamorado de ella –admitió Rik–. Y supongo que me acosté contigo por despecho… pero ¿cuál es tu excusa?

Sapphie podría haber mentido o podría haber cambiado de

conversación, pero decidió decirle la verdad.

–¿Mi excusa? –preguntó, mirándolo fijamente–. ¡Que yo acababa de perder al hombre del que me había enamorado!

Era cierto; al menos, en parte. Cuando Sapphie asistió a la boda de Dee y Jerome, pensaba que seguía enamorada de él y se sintió profundamente deprimida; pero en determinado momento, su mirada se cruzó con la de Rik Prince, que parecía tan deprimido como ella, y sus sentimientos cambiaron.

Fue amor a primera vista. Algo que no le había pasado nunca; algo que en la mayoría de los casos, tras una noche de sexo, resultaba ser simple deseo a primera vista.

Pero en su caso fue real. Al despertar en la cama con Rik, se dio cuenta de que el amor que sentía por él no se limitaba a su cuerpo; también amaba su encanto, su inteligencia y su sentido del honor.

Irónicamente, se había acostado creyendo que estaba enamorada de Jerome y se había levantado enamorada de Rik.

Pero el corazón de Rik pertenecía a Dee McCall.

Rik se llevó otra sorpresa con la declaración de Sapphie.

Jamás se habría imaginado que la mujer con quien se había acostado cinco años atrás, la mujer tan dispuesta a hacer el amor con él como a olvidar después lo sucedido, estuviera enamorada de Jerome Powers.

Al parecer, los dos habían tenido el mismo motivo.

Se maldijo para sus adentros y pensó que había sido un estúpido. Durante cinco años, se había sentido culpable por utilizar a Sapphie para aliviar el dolor por la pérdida de Dee. Y ahora resultaba que Sapphie lo había utilizado a él para aliviar su dolor por la pérdida de Jerome.

Súbitamente, su asombro se transformó en rabia.

Sabía que enfadarse con ella era absurdo e ilógico, pero se enfadó de todas formas.

–¿Sigues enamorada de Powers? –preguntó con frialdad–. ¿Por eso los sigues a todas partes? ¿Para ocupar el puesto de Dee si su matrimonio se hunde?

–¿Cómo te atreves a decir eso? –Sapphie se puso tan pálida que sus ojos pasaron a ser la única nota de color de su cara–. Para tu información, yo no los sigo a ninguna parte. Llevo cuatro días en París,

trabajando en una investigación. Dee y Jerome vinieron a verme ayer… Dee tiene que asistir al estreno de su película en Londres y decidieron pasar por París.

–Qué conveniente para ti, ¿no? –se burló él.

Rik pensó que Sapphie debía de ser masoquista. No encontraba otra explicación al hecho de que siguiera siendo amiga de Dee y de Jerome.

–No es conveniente en absoluto –replicó ella–. Y en cuanto a mi supuesta intención de ocupar el puesto de Dee, se nota que no me has escuchado. Antes he dicho que estuve enamorada de Jerome; no que lo esté todavía.

Rik se habría mostrado más dispuesto a creerla si la actitud de Sapphie no hubiera sido tan defensiva; pero por su expresión de rabia, llegó a la conclusión de que a Sapphie Benedict no le importaba lo que él pensara o dejara de pensar.

En cualquier caso, estaba más interesado en otra cosa. Mientras contemplaba sus ojos, el suave rubor de sus mejillas y la sensual curva de sus labios, le pareció increíble que cinco años atrás hubiera acariciado cada centímetro de aquel cabello largo y sedoso y de aquel cuerpo esbelto y pequeño.

–Dejemos clara una cosa, señor Prince…

–¿Señor Prince? –ironizó Rik–. Creía que ya habíamos pasado del usted al tú.

Justo entonces, el camarero apareció con un par de cafés. Sapphie se mantuvo en silencio hasta que los dejó a solas.

–No te conozco, Rik. Ni te he visto nunca –afirmó–. ¿Está claro?

Rik pensó que era realmente hermosa. Por supuesto, también se lo había parecido cuando se acostó con ella; pero no se había dado cuenta de hasta qué punto lo era.

Su belleza no se parecía nada a la de Dee, suave y dorada. Su belleza estaba hecha de pasión, desde el cabello que parecía rojo a la luz del sol hasta los ojos ámbar que brillaban como el fuego.

Además, por muy enamorado que hubiera estado de Dee, jamás habían pasado de unos cuantos besos clandestinos. En cambio, con Sapphie Benedict había llegado a toda la intimidad que cabía entre un hombre y una mujer.

–Muy claro –respondió lentamente–. Pero si es cierto que no me conoces y que no me has visto nunca, ¿cómo puedo saber que tienes una mancha de nacimiento en tu… ?

–¡Basta ya! –Sapphie se inclinó hacia delante, furiosa–. Dee y Jerome están saliendo de la tienda y caminan hacia nosotros. Por lo que a mí respecta, esta conversación ha terminado.

Rik se giró hacia la pareja, que en ese momento se había detenido para mirar un escaparate. No podía negar que estaban hechos el uno para el otro. Dee, tan alta y tan bella desde un punto de vista clásico; Jerome, tan seguro de sí mismo como se podía esperar de un hombre de mediana edad con éxito.

–Si yo estuviera en tu lugar –continuó ella–, disimularía mis emociones. Los celos pueden ser muy poco atractivos.

Rik se giró hacia Sapphie, sorprendido. Él ya no sentía celos de Jerome. Los había sentido, pero eso era agua pasada.

Arqueó una ceja, la miró con sarcasmo y replicó:

–Supongo que estarás en lo cierto. Tú sabes más de celos que yo.

A Rik le parecía profundamente irónico que los dos se hubieran enamorado de dos personas que habían terminado por casarse. Sin embargo, él ya había superado lo de Dee. Y no estaba seguro de que ella hubiera superado lo de Jerome.

–Nunca pensé que fueras un idiota, Rik. Recuerdo haber pensado que habías cometido un grave error al enamorarte de Dee, pero no que fueras un idiota.

Él la miró con curiosidad.

–Dee no te cae bien, ¿verdad?

–Por supuesto que me cae bien –respondió ella con rapidez–. Que conozcas las debilidades y defectos de una persona, no significa que no te caiga bien.

Rik sonrió.

–Pero tú crees conocer mis debilidades y defectos y, no obstante, te caigo mal.

–Bueno, siempre hay excepciones a la norma.

Dee y Jerome llegaron a la mesa en ese momento. Sapphie se fijó en el bolso que su amiga había comprado y dijo:

–Veo que al final has elegido el grande…

–¿Cómo no? Si alguien se va a gastar un dineral para regalarte un bolso, ¡que por lo menos sea grande! –comentó Dee con humor–. ¿A que es bonito?

Rik pensó que el bolso, de color blanco, era tan bonito como, efectivamente, grande. Y no le sorprendió que Dee despreciara su

precio; Jerome tenía tantos millones que, en comparación con él, los hermanos Prince eran un grupo de desarrapados.

–Es precioso –dijo Sapphie.

Rik sonrió para sus adentros al observar el cambio que se había producido en ella. Su animadversión había desaparecido totalmente. Si alguien los hubiera mirado entonces, habría pensado que eran cuatro amigos que se querían mucho y disfrutaban de un café en una mañana perfecta.

Obviamente, él no creía que se les pudiera considerar exactamente amigos; pero a pesar de ello, tampoco sentía el menor deseo de marcharse. Habían tenido que pasar cinco años para que su camino se volviera a cruzar con el de Sapphie Benedict; y la encontraba tan interesante que no iba a dejar pasar otros cinco.

–Por cierto, ¿qué os parece si cenamos juntos esta noche, en el Fouquet? –Rik decidió pasar a la acción–. Me refiero a los cuatro, por supuesto… se lo estaba diciendo a Sapphie cuando habéis llegado.

Como Rik estaba mirando a la pareja de casados, no pudo ver la reacción de Sapphie a sus palabras.

Pero la sintió. Como una oleada de ira que ella no se molestó en disimular.

Capítulo 2

SAPPHIE llamó a la puerta a las ocho en punto de la tarde, como habían quedado. Y un momento después, la puerta se abrió.

–Hola, Sapphie… entra, por favor.

–¡O eres increíblemente estúpido o estás totalmente loco! ¡Y como no creo que estés lo segundo, debo suponer que eres lo primero!

Tras su vehemente declaración, Sapphie entró en la suite del hotel donde se alojaba Rik. Estaba tan enfadada que ni siquiera echó un vistazo al lujoso interior.

Rik cerró la puerta muy despacio, dándole tiempo para que se fijara en lo bien que le quedaba la camisa blanca y la corbata y el traje negros que se había puesto para cenar. Naturalmente, no era la primera vez que Sapphie lo encontraba atractivo, pero tuvo que reconocer que aquella noche estaba imponente.

Como cinco años antes, volvía a reaccionar ante el refinamiento, la seguridad innata y los rasgos perfectos de Rik Prince.

Pero ahora era distinto. Ya no se trataba del miembro más joven y supuestamente más sensible de la familia Prince, sino del nexo entre ella y el pasado, entre ella y una noche de pasión que prefería olvidar.

–Por tus palabras, no parece que te alegre mucho la perspectiva de acompañarme a la cena con Dee y con Jerome –bromeó él.

A Sapphie no le alegraba en absoluto; de hecho, era una de las peores torturas que podría haber imaginado.

Por una parte, no se sentía con fuerzas para soportar las miraditas que Rik dedicaría a su antigua novia, porque estaba convencida de que

seguía enamorado de ella; por otra, implicaba permanecer en un estado de agitación permanente ante la posibilidad de que Dee y Jerome dijeran algo que despertara las sospechas de Rik.

Por desgracia, no se le había ocurrido ninguna excusa para rechazar su propuesta de que cenaran juntos. Sobre todo, porque ya había quedado para cenar con Dee y Jerome. Y principalmente porque, si no cenaba con ellos, no podría evitar que Dee y Jerome hicieran algún comentario sobre Matthew.

Pero eso no cambiaba el hecho de que Rik había propuesto la cena a sabiendas de que le molestaría.

–¡Maldito idiota! ¡Estás jugando a un juego muy peligroso!

–¿Peligroso? –Rik arqueó las cejas–. ¿Es que te vas a abalanzar sobre mí en un frenesí de pasión amorosa?

–Muy gracioso… –protestó ella–. Eres un tipo muy gracioso. De hecho, me extraña que no dediques tu talento a escribir comedias.

Él sonrió y se encogió de hombros.

–No lo había pensado, pero ahora que lo dices…

Sapphie lo miró con frustración.

–Todavía es pronto para bajar –continuó él–. ¿Te apetece tomar una copa?

Rik, Dee y Jerome habían descubierto que se alojaban en el mismo hotel, el George V. Por eso, decidieron quedar en el vestíbulo e ir después, dando un paseo, al restaurante Fouquet. A ellos les venía bien, pero a ella, no tanto; a diferencia de sus acompañantes, a quienes les sobraba el dinero, se alojaba en un modesto hotel de una de las avenidas que salían de la plaza del Arco del Triunfo.

–Sí, me apetece. ¿Tienes brandy?

–Por supuesto.

–Gracias.

–¿Gracias? Hasta ahora, me has dicho que soy idiota e increíblemente estúpido –Rik se acercó al mueble bar para servirle la copa–. ¿No crees que es un poco tarde para empezar a ser amable conmigo?

Sapphie no dijo nada. Se limitó a esperar a que Rik terminara de servir el brandy y se lo diera.

Entonces, se llevó la copa a los labios y echó un trago; necesitaba algo fuerte si quería sobrevivir a aquella noche.

–Mira, Prince…

–¿Ahora me llamas por mi apellido? ¿No te parece que es una forma demasiado formal de dirigirte a un hombre con el que has hecho el amor?

Ella no lo podía negar. Habían hecho el amor. Y no una vez ni en una cama, sino tres veces y en un sofá, en el suelo y en la ducha.

Tensa, se sentó en el brazo de uno de los sillones. Aunque lo lamentó enseguida, porque al sentarse, se le subió el vestido y le ofreció una vista muy generosa de sus piernas.

–El peligro al que me refería no tiene nada que ver con…

–Qué pena –la interrumpió Rik.

–Ese peligro se refiere a Dee y a Jerome –continuó Sapphie.

Él se sentó en el brazo de otro de los sillones y entrecerró los ojos.

–¿Dee y Jerome? No sé por qué te preocupan tanto; tú misma te has hartado de recordarme que son una pareja feliz.

Sapphie asintió.

–En efecto. Pero, aunque no lo parezca, Jerome es un hombre celoso.

Rik inclinó ligeramente la cabeza.

–Bueno, supongo que es comprensible hasta cierto punto. Dee es muy atractiva y mucho más joven que él.

–Y también puede ser muy estúpida… aunque no es culpa suya –añadió Sapphie al recordar su acusación de que Dee le caía mal–. La mimaron demasiado de niña. Su padre la adoraba y le repetía constantemente que era un diamante perfecto. Ahora siente la necesidad de que todos los hombres la adoren. Es lógico, ¿no te parece?

–No lo sé. ¿Lo es?

–Por supuesto que no –contestó ella, irritada–. ¿No te he mencionado que Dee y Jerome ya han tenido sus más y sus menos? Dee coquetea tanto que, comprensiblemente, Jerome ha terminado por desconfiar de cualquier hombre que se acerque a su esposa.

–Comprensiblemente –repitió él–. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Sapphie lo miró con desesperación. Intentaba que Rik mantuviera las distancias con Dee, pero él no se daba por aludido.

–Que sigues enamorado de ella.

–¿Ah, sí?

Sapphie frunció el ceño.

–¡Por supuesto que sí!

Rik se encogió de hombros.

–Si tú lo dices…

–Mira, solo intento ayudarte –insistió ella.

–Ya.

Sapphie suspiró, frustrada.

–Hazme caso, Rik… El último hombre que cometió el error de acercarse demasiado a Dee, perdió su empleo en *The New York Times* y tuvo que volver a Texas, donde ahora se dedica a escribir sobre ferias de ganado.

Rik la miró con humor.

–¿Y crees que eso me podría pasar a mí? Te agradezco que te preocupes tanto por mi bienestar, pero no es necesario.

Ella se levantó del brazo del sillón. Su táctica había fracasado, así que debía encontrar otra forma de encarar el problema. A Rik no le inquietaba lo que le pudiera pasar, pero supuso que se mostraría más sensible con lo que pudiera pasarle a Dee.

–Tu bienestar no me preocupa. Me preocupa el de Dee.

Rik la miró a los ojos.

–¿Estás insinuando que Jerome podría ponerse violento con ella?

Sapphie volvió a suspirar. En lugar de mejorar las cosas, las estaba empeorando.

–No, por supuesto que no. Dee es muy inmadura, pero quiere sinceramente a Jerome. Al ser mayor que ella, le ha dado la estabilidad que perdió con el fallecimiento de su padre.

Rik reaccionó con desconfianza.

–Te jactas de saber mucho sobre las emociones de la mujer que se casó con el hombre del que estabas enamorada…

–Yo no me jacto de…

–Claro que sí. Y en estas circunstancias, me parece que tu preocupación por Dee es bastante sospechosa.

Rik se levantó del sillón con un movimiento felino y se plantó ante ella como una torre, pero Sapphie se resistió a sentirse intimidada.

–¿Sospechosa? Como hermana de Dee, es lógico que…

–¿Qué has dicho?

Sapphie dio un paso atrás ante la vehemencia de su tono y le lanzó una mirada de sorpresa. No se lo podía creer.

Rik no sabía que era su hermana.

Por sorprendente que fuera, a pesar de lo que había pasado entre ellos cinco años antes, había olvidado decirle que era la hermana mayor de Dee.

Rik se había quedado atónito. Jamás se habría imaginado que Sapphie fuera la hermana de Dee; o más exactamente, la hermanastra que cinco años antes la había estado presionando para que se casara con Jerome Powers.

Y ahora, en cierta manera, volvía a hacer lo mismo. Parecía empeñada en que mantuviera las distancias con Dee.

–Tu apellido es Benedict, no McCall…

–Porque solo somos hermanastras –explicó ella–. Yo tenía dos años cuando mi madre se casó con Fergus McCall. Dee nació un año después.

Rik se alejó hasta la ventana y contempló la noche parisina.

Las cosas habían dado un vuelco inesperado. Cuando ya se las prometía felices por haber superado su antiguo amor por Dee, aparecía Sapphie y confesaba ser su hermanastra.

Cuando la conoció, Rik no se molestó en preguntarle si tenía alguna relación familiar con Dee o con Jerome. De hecho, habían cruzado muy pocas palabras. Tenían cosas más placenteras que hacer.

Pero al pensar en el pasado y en las cosas que Dee le había dicho sobre su madrastra y su hermanastra, empeñadas en que se casara con Powers, se preguntó si lo sucedido aquella noche con Sapphie había sido simple y pura casualidad.

–Oh, ya entiendo… –dijo ella de repente–. Dee te habló mal de nosotras, ¿verdad?

Rik no contestó.

–Su padre murió cuando Dee tenía trece años. Su muerte le afectó mucho, y su forma de superarlo fue creerse un cisne que vivía entre patos negros…

En su momento no nos pareció grave, aunque a mi madre le dolió un poco.

Rik consideró la posibilidad de que Sapphie fuera sincera; conociendo a Dee, resultaba creíble que se hubiera inventado la historia de una madrastra y una hermanastra malvadas. Pero sacudió la cabeza y lo desestimó. Si no había dudado de la integridad de Dee cinco años antes, tampoco lo haría ahora.

–Veo que no me crees –continuó ella.

Rik se dijo que no era cuestión de creerlo o no. Todavía no había asumido el descubrimiento de que ya no estaba enamorado de Dee, y sencillamente no tenía fuerzas para asumir también que Dee nunca había sido la mujer que él pensaba.

–¿Por qué debería creerte? Tú y tu madre os salisteis con la vuestra hace cinco años, así que déjalo estar.

Sapphie lo miró con asombro.

–¿Mi madre? ¿Qué pinta mi madre en esto?

–Oh, vamos…

Rik se maldijo para sus adentros por haber empezado a apreciar a Sapphie. Ya no estaba seguro de lo que había pasado entre ellos cinco años antes; cuanto más pensaba en aquella noche, en la forma en que se habían conocido, en su pasión desenfrenada y en su casi completa falta de conversación, más posible le parecía que Sapphie le hubiera tendido una trampa para mantenerlo lejos de Dee.

Pero no quería seguir pensando. Solo quería marcharse; porque si seguía en la suite con ella y seguía desconfiando sobre los motivos que había tenido para acostarse con él, sentiría la tentación de estrangularla.

–Vámonos. Jerome y Dee se estarán preguntando dónde nos hemos metido.

Sapphie lo miró con incertidumbre.

–Rik, ¿qué pasa?

–¡He dicho que nos vamos! –bramó él.

Rik la tomó de un brazo y la llevó hacia la puerta tan deprisa que Sapphie apenas tuvo tiempo de alcanzar su bolso.

Estaba tan enfadado que necesitaba salir de la habitación y encontrarse entre más personas. Porque estrangular a Sapphie no sería suficiente.

Pero besarla, sí.

Al llegar a la puerta, la giró hacia él y la besó.

No quería que fuera un beso placentero, para ninguno de los dos. Y cuando Sapphie tembló entre sus brazos, Rik supo que no lo estaba disfrutando en absoluto; que, como mucho, sentía recelo de él y de lo que su enfado le pudiera llevar a hacer.

La había besado para castigarla, pero se sintió avergonzado. Aunque Sapphie se mereciera un castigo, él había caído muy bajo. Era la primera vez que trataba a una mujer de esa forma, con intención de

humillarla.
Se apartó y contempló sus ojos, que se habían llenado de lágrimas.
Sin embargo, se dijo que estaba fingiendo; que todo en ella era pura actuación. Sapphie y Jerome Powers le habían robado a Dee y habían destrozado su amor. Un delito por el que jamás los perdonaría.
–Si esperas que me disculpe…
–¡No! –exclamó ella–. ¡Yo no espero nada de ti! Nunca he esperado nada de ti.
Rik entrecerró los ojos.
–¿Qué diablos significa eso?
–Olvídalo. No significa nada.
Rik pensó que era cierto, que no significaba nada.
Pero le quedó una sombra de duda. Sobre todo, porque no se sentía precisamente orgulloso por la forma en que la había tratado. Aunque se mereciera el castigo. Aunque su madre y ella se lo merecieran.
Además, cabía la inquietante posibilidad de que Sapphie y su madre fueran inocentes; de que Dee se hubiera inventado la historia de sus presiones.
–Tenemos que irnos. Nos estarán esperando –le recordó ella.
Rik frunció el ceño.
–Tienes razón… deberíamos bajar.
Cuando salieron de la suite, él intentó tomarla del brazo y ella se apartó para impedírselo. Pero a Rik le pareció bien. Si no quería que la tocara, no la tocaría.
Era lo mejor para los dos.
Porque si volvía a tocar a Sapphie Benedict, correría el peligro de perder el control de sus actos.

Capítulo 3

ESTÁS muy callada esta noche, Sapphie. ¿Ocurre algo? Sapphie se giró hacia su cuñado, que la miraba con preocupación, e hizo un esfuerzo para dedicarle una sonrisa.

Jerome había acertado al observar que estaba muy callada, pero se dijo que Dee y Rik equilibraban sobradamente su silencio; llevaban dos horas hablando entre ellos y, en general, sobre personas y cosas que Sapphie desconocía.

Rik estaba haciendo caso omiso de su advertencia.

Había intentado que se alejara de Dee y solo había conseguido que la insultara y que desconfiara de ella.

–Es que tengo jaqueca –se justificó.

–¿Jaqueca? –al oír a Sapphie, Dee dejó de hablar con Rik y se interesó por su estado–. Llevo unos analgésicos en el bolso…

Dee empezó a hurgar en el bolso que Jerome le había regalado.

–No creo que sea buena idea, teniendo en cuenta que ya me he tomado dos copas de vino –declaró Sapphie–. Además, estaba a punto de marcharme a mi hotel… solo necesito dormir un poco.

Lo que realmente necesitaba Sapphie era alejarse de Rik. Dudaba que Dee y Jerome lo hubieran notado, pero no le había dedicado ni una palabra desde que habían empezado a cenar. Y su actitud le resultaba exasperante. Al igual que la expresión sombría de Jerome, que no parecía precisamente contento con lo que estaba pasando entre Rik y Dee.

Sin embargo, lo de Dee no le sorprendía. Siempre estaba en su

elemento cuando se trataba de coquetear con un hombre.

Rik se había equivocado de plano al decir que Dee no le caía bien. Adoraba a su hermana pequeña; la quería con toda su alma, pero sabía que disfrutaba jugando con los hombres y que a Jerome no le hacía ninguna gracia.

En ese sentido, Sapphie había sido sincera con Rik. No podía negar que había utilizado los celos de Jerome como táctica de disuasión, pero su carácter celoso era tan real como el carácter coqueto de su hermanastra.

–Siento tener que dejaros… –Sapphie alcanzó el bolso y dejó la servilleta en la mesa–, pero será mejor que me vaya.

–Te acompañaré.

Sapphie se llevó una sorpresa al oír a Rik. No esperaba que le dirigiera la palabra después de habérsela negado toda la noche y, por supuesto, tampoco esperaba que se ofreciera a acompañarla al hotel. Se puso tan nerviosa que golpeó una de las copas de vino con la mano; y se habría derramado en la mesa si Rik no la hubiera alcanzado a tiempo.

–No es necesario. Soy perfectamente capaz de ir sola.

–No lo dudo, pero insisto de todas formas. Se ha hecho muy tarde y no me sentiría bien si vuelves sola al hotel… además, estoy seguro de que Dee y Jerome ya han tenido bastante compañía por una noche. A fin de cuentas, estamos en París; una de las ciudades más románticas del mundo.

Rik se levantó de su silla mientras Sapphie se preguntaba por qué estaría tan empeñado en acompañarla al hotel.

–No digas tonterías, Rik –intervino Dee–. Jerome y yo hemos estado docenas de veces en París…

–Y volveremos muchas veces más –se sumó Jerome–. Pero Rik tiene razón; de hecho, se me acaba de ocurrir que un paseo por el río, con la Torre Eiffel como fondo, sería de lo más romántico.

Sapphie notó el destello de enfado de los ojos de su hermanastra y decidió acudir en ayuda de Jerome. Conocía a Dee y sabía que le disgustaba la perspectiva de perder a su admirador nocturno.

–Eres muy afortunada, Dee…

Dee lanzó una mirada a su marido y otra a Rik. Evidentemente, intentaba decidir si debía crear una situación embarazosa por el procedimiento de insistir en que Rik se quedara.

Sapphie contuvo la respiración mientras esperaba el resultado de la deliberación de su hermanastra.

–Me parece una idea maravillosa, Jerome.

Sapphie suspiró, satisfecha. Le habría gustado creer que Dee se estaba volviendo más sensata con el paso del tiempo, pero no lo creía. Seguía siendo la misma coqueta de siempre y, más tarde o más temprano, sus malas artes le estallarían en la cara.

Pero, por suerte para todos, no sería aquella noche. Jerome parecía satisfecho. Y en cuanto a Rik, su expresión era tan inescrutable que nadie habría podido adivinar lo que pensaba.

Al final, pagaron la cuenta del restaurante, salieron juntos y se despidieron.

–Ya te puedes ir –dijo Sapphie al cabo de unos segundos–. Dee y Jerome se han marchado en dirección contraria y no se darán cuenta de nada.

Sapphie no encontraba ninguna razón para seguir adelante con aquella farsa; además, no había mentido al afirmar que le dolía la cabeza. Pero Rik se limitó a mirarla con interés y a meterse las manos en los bolsillos.

Mientras caminaban, Sapphie pensó en el beso que le había dado. No lo había disfrutado en absoluto, pero había servido para que descubriera algo que preferiría no haber sabido. Hasta ese momento, se había logrado convencer de que ya no lo deseaba; desde ese momento, sabía que se había engañado a sí misma.

Para bien o para mal, seguía enamorada de Rik Prince.

Rik no sabía por qué se había ofrecido a acompañarla a su hotel ni por qué estaba paseando con ella.

Había sido una velada extraordinariamente rara para él. Para empezar, había cenado con Dee, la mujer de la que se había creído enamorado durante cinco años, aunque esa creencia se hubiera demostrado falsa; para continuar, había cenado con Jerome, el hombre que se había casado con Dee y, para terminar, también había cenado con Sapphie Benedict, la mujer con quien había pasado una de las noches más apasionadas de su vida.

Pero eso no era nada en comparación con el hecho de que Sapphie hubiera resultado ser la hermanastra de Dee. Estaba tan enfadado con ella que no había sido capaz de dirigirle la palabra durante la cena.

En cambio, había hablado más que de sobra con Dee. Y había descubierto que no tenían nada en común. Su conversación se limitaba a la moda y al mundo de las actrices. No podía ser más superficial.

Confuso, se acordó de la forma en que había tratado a Sapphie y se volvió a sentir culpable. Aunque tuviera motivos para desconfiar de ella y quizás para estar enfadado con ella, eso no justificaba que se hubiera comportado como un monstruo. Su reacción había sido más propia de Nik, el hombre implacable de la familia, que de él, quien siempre había tenido fama de ser el sensible.

Apretó los dientes y se giró hacia Sapphie.

–Te debo una disculpa…

–Creo que ya hemos mantenido esa conversación. Y acordamos que no me debes nada.

Rik cerró los puños dentro de los bolsillos de los pantalones.

–Te debo una disculpa –insistió–. Yo jamás… nunca había sido tan grosero con una mujer como lo he sido contigo esta noche.

Ella se encogió de hombros.

–Bueno, supongo que reaccionaste así porque pensaste que te estaba provocando.

–Lo que yo pensara, carece de importancia. Eso no justifica que…

Rik dejó la frase sin terminar porque tuvo la impresión de que hasta su disculpa estaba resultando demasiado brusca. No sabía por qué, pero aquella mujer le ponía extremadamente nervioso.

–Lo siento. Por favor, acepta mis disculpas.

–Si así te sientes mejor…

–¡No me he disculpado para sentirme mejor, Sapphie! –dijo Rik con exasperación–. Y ahora que lo pienso, ¿qué tipo de nombre es Sapphie?

No es muy habitual…

Ella lo miró con humor.

–¿No lo adivinas?

–¿Es una contracción de Sapphire?

–En efecto.

–Qué curioso… Diamond y Sapphire, diamante y zafiro –susurró él, pensando en los nombres de las dos hermanastras.

–Podría haber sido peor…

–¿Sí?

–Podríamos haber sido Rubí y Esmeralda.

Él sonrió.

–Sí, supongo que sí… Me imagino que, si alguna vez tienes hijos, querrás ponerles nombres de lo más normal. Como John y Mary, por ejemplo.

–Has acertado de lleno.

Sapphie se detuvo de repente y añadió:

–No hace falta que me acompañes al hotel. Llevo cuatro días en París y hasta ahora no he necesitado un guía.

Su tono de voz sonó tan amigable que Rik se preguntó qué había hecho para conseguir que cambiara de actitud con tanta rapidez. Pero pensó que tal vez se debía a que llevaban varios minutos sin referirse de ninguna forma, ni directa ni indirectamente, a su antigua relación; al parecer, el recuerdo de aquella noche solo servía para ponerles tensos.

Y no le extrañaba. A pesar de lo que sentía supuestamente por Dee, Rik no había llevado una vida de celibato durante los años anteriores; se había acostado con muchas mujeres y se había hecho amigo de muchas de ellas, pero jamás había sentido la tensión emocional y física que lo embargaba en presencia de Sapphie.

–Mira, estoy seguro de que tu madre y tú creísteis hacer lo correcto hace cinco años, cuando Dee…

Sapphie lo interrumpió, impaciente.

–Te lo he dicho antes y te lo voy a repetir, Rik. No sé de qué demonios me estás hablando.

Rik se sintió ofendido. Estaba haciendo lo posible por suavizar las cosas entre ellos, pero Sapphie seguía empeñada en negar lo evidente. O por lo menos, lo que él creía evidente.

–Estoy hablando de que tu madre y tú queríais que Dee se casara con Jerome.

–¿Cómo? –Sapphie lo miró con incredulidad–. ¿Por qué iba a querer yo que se casara con Jerome? Te recuerdo que estaba enamorada de él.

Rik frunció el ceño. Era un punto a su favor; de hecho, era muy buen punto; tanto que le sorprendió no haberlo pensado hasta entonces.

Y en cuanto empezó a pensar, llegó a la conclusión de que Dee podía no haber sido exactamente sincera con él. Pero todavía no estaba dispuesto a aceptarlo; porque si Dee le había mentido en eso, todo su amor podía haber sido una mentira.

–No sé si tú querías que se casara con Jerome, pero supongo que tu

madre quería que alguna de las dos se casara con él para poder acceder a su influencia y a su fortuna.

–¿Cómo te atreves a decir eso?

Sapphie respiró hondo y su pecho subió de tal manera que la curva de sus senos se enfatizó claramente en el escote del vestido.

Un hecho que Rik notó al instante. Y con admiración.

–Escucha, Sapphie…

–No, Rik, escúchame tú a mí –declaró ella, claramente indignada–. No sé qué te dijo Dee hace cinco años; pero por lo que me has contado, creo que me lo puedo imaginar.

–Aunque no lo creas, Dee y yo hablábamos muy poco de vosotras. Teníamos cosas más importantes que hacer.

–Oh, estoy segura de eso… –se burló ella–, pero yo te estoy diciendo la verdad. En aquella época, yo vivía y trabajaba en los Estados Unidos. Era la ayudante de Jerome. Y por si no lo sabías, también era su prometida.

–¿Su prometida?

Sapphie asintió.

–Viajamos a Inglaterra porque yo le quería presentar a mi familia; pero cuando Jerome vio a Dee por primera vez, supe que era el fin de nuestra relación. Además, no podía interponerme entre ellos… detener su amor habría sido como intentar parar un tren de mercancías.

–¿Y qué hiciste?

–Nada; apartarme de su camino –respondió Sapphie, mirándolo a los ojos–. Piensa lo que quieras pensar, Rik… ya veo que no puedo convencerte. Pero te aseguro que mi conciencia y la de mi madre están completamente limpias. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Rik todavía estaba intentando asumir lo que Sapphie le había contado. Su versión de los hechos no se parecía nada a la de Dee, pero era indiscutiblemente más verosímil. Siempre le había parecido que la historia de que su madre y ella la habían presionado para que se casara con Jerome era bastante extraña; sobre todo, porque Dee sabía que la amaba y que la habría apoyado en todo.

Si eso era cierto, significaba que había vivido cinco años en una mentira. Y que ni siquiera conocía a Diamond McCall.

–¿Qué insinúas, Sapphie?

–Me parece muy sospechoso que Dee y tú os hayáis encontrado en París por simple y pura casualidad.

–¿Es que te has vuelto loca? ¡Yo no tengo relaciones con mujeres casadas!

–¿Ni siquiera si estás enamorado de ellas?

Rik no respondió. Entre otras cosas, porque no estaba enamorado de Dee.

–No me crees, ¿verdad? –continuó Sapphie.

–Yo no he dicho que no te crea.

Sapphie lo miró en silencio durante unos segundos y dijo:

–Me pregunto si Dee será consciente de hasta qué punto la amabas.

Rik sacudió la cabeza.

–Eso da igual. Además, preferiría dejar mis sentimientos por Dee al margen de nuestra conversación.

–¿Te parece posible? ¿Seremos capaces alguna vez de hablar de algo que no guarde relación con Dee? –preguntó ella–. Aunque eso es del todo irrelevante.

–¿Irrelevante?

Sapphie asintió.

–Rik, comprendo que te has llevado una sorpresa al verme hoy, después de tantos años, y descubrir que soy hermanastra de Dee; pero si lo piensas un momento, te darás cuenta de que no hay ningún motivo para que tú y yo nos volvamos a ver.

Él se quedó boquiabierto.

–Anima esa cara, Rik –Sapphie lo miró con ojos brillantes–. Mañana a estas horas, habremos olvidado que nos encontramos en París. Sigue mi consejo… siempre hay que ver el lado bueno de las cosas.

A Rik le habría gustado hacerle caso; pero en aquel momento, con la mente llena de impresiones contradictorias sobre Dee, su hermanastra y la relación que habían mantenido, no encontraba ningún lado bueno.

Capítulo 4

QUÉ ESTÁS haciendo aquí?

Sapphie no pudo ocultar su desagrado cuando salió a la terraza del hotel Geor ge V, donde había quedado para desayunar con Dee y Jerome, y descubrió que la mesa para cuatro tenía un solo ocupante.

Rik Prince.

No era precisamente lo que necesitaba. Había dormido poco y mal porque se había dedicado a darle vueltas a la conversación que habían mantenido la noche anterior, intentando recordar si había dicho demasiado o si había revelado más de lo que pretendía.

Por fortuna, creía no haber dicho nada que despertara sus sospechas.

–Puede que no te hayas dado cuenta, pero resulta que yo me alojo en este hotel.

Rik dejó su taza de café en la mesa y la miró con enfado. Sapphie intentó mantener la calma; había supuesto que se presentaría en algún momento del desayuno con su hermana y su cuñado, pero no esperaba que estuviera allí.

–Jerome me ha llamado a primera hora y me ha pedido que desayune con él y con su esposa –continuó Rik–. Francamente, no he encontrado ningún motivo para negarme… y por cierto, no me ha dicho que tú también estuvieras invitada.

El camarero apareció en ese momento y sirvió un café con leche a Sapphie. Cuando ya se había marchado, Rik añadió:

–Es curioso que hayan tomado la decisión de marcharse hoy mismo

a Londres. Un poco repentino, ¿no crees?

Sapphie también se había llevado una sorpresa cuando Jerome la llamó por teléfono para pedirle que desayunara con ellos porque iban a acortar sus vacaciones en París. Pero, tras pensarlo, le pareció lógico.

Dee se había dedicado a coquetear con Rik durante toda la cena. Y aunque Jerome era un hombre encantador y más que indulgente con su esposa, le habría molestado y habría decidido alejarla de la tentación.

–¿Repentino? Sí, tal vez –contestó Sapphie con una sonrisa.

Rik entrecerró los ojos.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Vamos, Rik, no quiero discutir contigo antes de desayunar –protestó la joven.

Él la miró durante unos segundos y, al final, sonrió a regañadientes.

–Pensándolo bien, no me extraña que no adivinara tu relación familiar con Dee. No os parecéis en nada, ni en aspecto ni en carácter.

Sapphie se bebió el café de un trago mientras se preguntaba si el comentario de Rik pretendía ser un halago o un insulto. Después, dejó la taza vacía en la mesa y llamó al camarero para que se la volviera a llenar. Rik la miró con humor y preguntó:

–¿Te sientes mejor?

–No particularmente.

Ella empezaba a estar nerviosa. Había quedado con Jerome a las nueve en punto y ya eran las nueve y diez.

–Quizás deberíamos pedir algo de comer –observó Rik–. Debes de estar hambrienta. Anoche comiste muy poco.

Sapphie le lanzó una mirada asesina. Le pareció increíble que Rik se hubiera dado cuenta, tan ensimismado como estaba con Dee. Pero le pareció aún más increíble que ella sintiera celos de su hermanastra.

Al fin y al cabo, los celos estaban completamente fuera de lugar. Ni tenía una relación con Rik ni la quería tener.

–¿No te parece que deberíamos esperar a Dee y a Jerome?

Sapphie acababa de formular la pregunta cuando el camarero se acercó una vez más a la mesa.

–¿Señor Prince?

–¿Sí?

–El señor Powers ha llamado por teléfono. Por lo visto, su esposa y él habían quedado a desayunar con ustedes, pero no pueden venir. Me ha pedido que les pida disculpas en su nombre y que les informe de que

parten para Londres esta misma tarde, en tren.

El camarero se fue entonces y los dejó en un silencio tenso, que Rik rompió al cabo de unos segundos.

–Umm… ¿Por qué habrá llamado al bar del hotel en lugar de llamarnos a nosotros? Jerome tiene nuestros números de móvil.

Sapphie pensó que su ingenuidad era inaudita; no había entendido nada. Pero ella lo entendía de sobra. Su cuñado estaba ejerciendo de casamentero; lo cual le habría parecido gracioso si el hombre con el que pretendía emparejarla no hubiera sido Rik.

Jerome se sentía culpable por ella desde que se había casado con Dee. Tenía la sensación de que la había dejado en la estacada y, desde entonces, le buscaba novios con la esperanza de que se enamorara de alguno.

Obviamente, Rik Prince era su último candidato. Y al parecer, pretendía matar dos pájaros de un tiro: encontrarle un amor a ella y alejar a Rik de su esposa.

Pero Jerome no podía saber que Rik Prince era el hombre menos adecuado del mundo para ese propósito. Por ella misma y por Matthew. Porque Sapphie tenía miedo de lo que pudiera hacer o decir si llegaba a saber que, nueve meses después de que se acostaran, había dado a luz a un niño de tres kilos y medio.

Matthew.

El hijo de Rik.

Durante su embarazo, Sapphie se había preguntado mil veces si debía informar a Rik de que iba a ser padre. Una parte de ella pensaba que tenía derecho a saberlo; otra parte, que no. Pero al final triunfó la segunda porque Rik no hizo ningún esfuerzo por volver a verla. Era evidente que seguía enamorado de Dee y que no quería estar con ninguna otra mujer.

Sapphie tomó la decisión de que las consecuencias de aquella noche de amor serían exclusivamente suyas. De hecho, fue tan estricta al respecto que nadie salvo ella misma conocía el nombre del padre. Y cuando Matthew nació, todo pelo oscuro y ojos de color cielo, se alegró de no habérselo dicho a Rik.

Sería suyo, solo suyo.

Pero con el paso del tiempo, las cosas se empezaron a complicar. Matthew, que ya había cumplido cuatro años, había crecido mucho. Cada vez que Sapphie lo miraba, reconocía la boca, los ojos y la

mandíbula de Rik y tenía miedo de que alguien más se diera cuenta. El parecido era innegable.

Sin embargo, estaba segura de que ni Jerome ni Dee lo habían adivinado. En primer lugar, porque llevaban dieciocho meses sin ver al niño y no lo habían visto después del estirón; en segundo, porque ni Jerome ni Dee sabían que Rik y ella se conocían de antes.

Pero el día anterior había sido una tortura para Sapphie. En cualquier momento, su hermanastra y su cuñado podrían haber cometido el desliz de mencionar la existencia de Matthew. Y si Rik preguntaba por su edad y calculaba el tiempo, no tendría que ser muy listo para llegar a la conclusión de que él podía ser el padre.

Por fortuna, el peligro había pasado. Dee y Jerome se iban de París. Ya solo tenía que quitarse a Rik de encima.

–¿Qué crees tú que se trae entre manos? –respondió Sapphie.

Rik entrecerró los ojos.

–Si es lo que me imagino, Jerome se equivoca. Ni coqueteo con mujeres casadas ni mantengo relaciones con ellas.

Sapphie supo que estaba diciendo la verdad. Lo que significaba que Dee y él no se habían visto después de la boda.

Pero eso no afectaba a la decisión que había tomado sobre Matthew; ni por otra parte, cambiaba en modo alguno su vida. Cuando dio a luz, tuvo que dejar su trabajo como secretaria personal de Jerome porque Dee no quiso que siguiera con él en esas circunstancias. Y se alegraba de haberlo dejado.

Se convirtió el reportera y le fue muy bien. Había hecho tantos contactos con Jerome que podía conseguir entrevistas con cualquiera y tener acceso a todos los medios de comunicación, incluidos los del propio Jerome Powers. Al cabo de un tiempo, se le ocurrió la idea de escribir un libro. Y sorprendentemente, tuvo éxito. A la gente le encantaban las novelas sobre asesinatos en Hollywood.

–No lo dudo, Rik –dijo al fin–. Pero no es a mí a quien tienes que convencer.

Rik empezaba a estar más que harto de los sarcasmos de Sapphie. Sobre todo, porque él siempre era el objeto de sus burlas. Y muy especialmente, porque seguía sin estar seguro de lo que había pasado cinco años antes.

Había dado muchas vueltas a lo que Sapphie le había dicho la

noche anterior. Le había dado tantas vueltas que casi no pegó ojo. Porque si admitía que había sido sincera con él, también tenía que admitir que Dee le había tomado el pelo y que él había sido un idiota por creerla. Y no estaba dispuesto a admitirlo. Todavía no.

En cambio, estaba más que dispuesto a admitir que Dee era una de las personas más superficiales que había conocido y que Sapphie era tan interesante y tan inteligente que nunca se aburría con ella.

–Creo que exageras con Jerome –afirmó, inclinándose sobre la mesa–. Seguro que Dee no le preocupa tanto como crees.

Rik entrecerró los ojos y la observó con detenimiento. Por su aspecto, nadie habría dicho que había dormido mal. Estaba radiante. Se había puesto un vestido de color crema que enfatizaba el moreno de su piel, los destellos rojizos de su pelo y el color ámbar de sus ojos.

De unos ojos que lo volvían loco cuando lo miraban.

–¿Pedimos algo de comer? –siguió hablando–. Por lo menos, el desayuno es un tema de conversación completamente inocente.

Sapphie sacudió la cabeza.

–No tengo hambre.

–Entonces, ¿qué te parece si salimos a dar un paseo? Puede que te despierte el apetito.

Ella suspiró.

–¿Aún no has entendido que no quiero estar contigo, Rik? Es extraño, porque lo he insinuado varias veces desde ayer.

Rik hizo un esfuerzo por mantener la calma.

–Sí, es posible que lo hayas mencionado un par de veces.

–¿Y entonces?

–Por Dios, Sapphie… solo he dicho que salgamos a dar un paseo. No te he propuesto que hagamos el amor.

Sapphie se ruborizó a su pesar.

–Venga, vamos a dar una vuelta.

Rik se levantó y le apartó la silla de tal manera que Sapphie no tuvo más remedio que levantarse a su vez.

–Un paseo al sol nos sentará muy bien. Pero no te preocupes por nada… te aseguro que mis intenciones son del todo honorables.

Segundos después, Sapphie se encontró caminando hacia el Sena y la Torre Eiffel, que se alzaba a lo lejos.

–Tus intenciones carecen de importancia. Fui una estúpida al acostarme contigo, pero no volveré a cometer ese error.

A Rik le sorprendió que se refiriera a sí misma en esos términos. Para él, su noche de amor había sido una especie de salvación; un alivio inmenso tras la desesperación de ver que Dee se casaba con otro hombre. Y por mucho que ahora lo negara, estaba seguro de que había sido algo parecido para ella.

–Yo no he pensado nunca que fueras estúpida, Sapphie –dijo en voz baja–. Aunque ahora, después de haber hablado contigo, conozco mejor tus razones.

–Puede que no me creyeras estúpida, pero me crees algo peor. Crees que me acosté contigo para alejarte de Dee.

A Rik le dolió su acusación, pero pensó que se la merecía. El día anterior se había excedido con ella porque estaba tan confundido como enfadado.

–Lamento haber sido algo grosero al decir que…

–¿Algo grosero? –lo interrumpió ella–. ¡Yo tenía veintitrés años por entonces, Rik! Era muy inocente; tan inocente que no había hecho el amor con nadie, ni siquiera con Jerome… tú fuiste mi primer hombre, Rik. ¿O es que no te diste cuenta?

Rik se había dado cuenta perfectamente. Y era un aspecto de aquella noche que siempre le había dejado perplejo.

Pero más tarde, con el tiempo y la distancia, se había llegado a convencer de que estaba en un error, de que Sapphie Benedict no podía ser virgen cuando se acostaron. Encontraba difícil de creer que hubiera elegido a un desconocido para perder su virginidad.

Y sin embargo, lo había elegido.

Capítulo 5

HABÍA metido la pata. Después de andarse con tanto cuidado y de pensar cada palabra que salía de su boca, no se le había ocurrido nada mejor que mencionar su virginidad.

Rik había conseguido que se enfadara al recordarle sus dudas sobre los motivos que había tenido para acostarse con él, pero eso no justificaba que se dejara llevar por la ira hasta el punto de meterse sola en una trampa.

Si Rik reflexionaba al respecto, llegaría a la conclusión de que, siendo virgen, había muchas posibilidades de que ella no estuviera tomando la píldora cuando se acostaron. Y por supuesto, sabía que tampoco habían usado preservativos.

–Bueno, yo no le daría mucha importancia –se apresuró a decir–. Olvídalo, Rik. Desde entonces me he acostado con docenas de hombres, y estoy segura de que se habrán alegrado al descubrir que ya había perdido la virginidad.

Sapphie solo había mencionado su historial sexual para que Rik se enfadara y dejara de pensar en aquella noche. Y por la mirada helada de su antiguo amante, supo que había conseguido su objetivo.

–¿Lo ves? No deberíamos haber salido a pasear. Somos incapaces de estar juntos cinco minutos sin discutir.

Él apretó los dientes.

–¿Por qué será?

Ella se encogió de hombros.

–Quizás, porque no nos caemos bien –contestó.

Rik la miró con rabia durante un par de segundos; pero su expresión cambió de repente y en su boca se dibujó una sonrisa.

–Pero tú me caes bien, Sapphie. Tienes una forma tan franca de decir las cosas que la encuentro… refrescante.

Sapphie se quedó sin habla.

–No, no estoy de acuerdo en absoluto –Rik le rodeó la cara con las manos y la acarició con suavidad–. Creo que discutimos porque nos caemos muy bien; porque, a decir verdad, nos gustamos mucho.

Sapphie había hecho verdaderos esfuerzos por convencerse de que no sentía nada por él; pero al sentir el contacto de sus labios, supo que ya no lo podía negar.

Quería a ese hombre.

Era increíble. A pesar de los cinco largos años que habían transcurrido, seguía enamorada de Rik Prince.

Pensó que tal vez le gustaba tanto porque adoraba a Matthew, que se parecía mucho a su padre. O tal vez, que adoraba a Matthew porque se parecía a su padre. Pero fuera cual fuera la razón, apretó inconscientemente el cuerpo contra el suyo.

El sol del verano calentaba mucho, pero el calor de Sapphie no era un calor externo, sino interno. Un calor que le impedía pensar. Un calor que solo le dejaba sentir.

Y lo que sentía era deseo.

–Vaya, vaya, vaya… –se oyó una voz masculina llena de satisfacción–. ¿Lo ves, Dee? ¿Ves como no estaba perdiendo al tiempo al intentar emparejarlos?

Sapphie y Rik se giraron al oír la voz de Jerome, que se encontraba en compañía de su esposa. Y por lo que Sapphie pudo observar, Dee no estaba precisamente contenta de que Jerome hubiera acertado.

Sin embargo, se dijo que no había conseguido nada. Aunque estuviera enamorada de Rik Prince y lo deseara con todas sus fuerzas, ni siquiera consideraba la posibilidad de mantener una relación amorosa con él.

Pero tenía que decir algo para salir del paso.

–Te equivocas, Jerome… Rik y yo solo nos estábamos despidiendo. He decidido marcharme con vosotros esta tarde, en el tren.

La idea se le acababa de ocurrir; pero cuanto más lo pensaba, más le gustaba. Era la forma perfecta de librarse de Rik.

–Magnífico –dijo su hermanastra–. Matthew estará deseando

verte…

Sapphie palideció al oír el nombre de su hijo. Había hecho todo lo posible por impedir que Rik supiera de la existencia de Matthew; por eso se había sumado a la cena de la noche anterior, para poder intervenir antes de que Jerome o Dee lo mencionaran.

Miró a Dee y se preguntó si habría adivinado que Matthew era hijo de Rik, pero estaba segura de que no sabía nada.

Probablemente, solo lo había dicho por molestarla. Dee estaba enfadada porque su antiguo novio le había retirado su afecto y se lo había dado a ella.

–¿Matthew? –preguntó Rik.

Si Sapphie necesitaba una confirmación de que su hermanastra desconocía la identidad del padre de Matthew, la obtuvo entonces. Dee la miró con expresión de triunfo al notar su incomodidad. Tal como se imaginaba, solo quería vengarse de ella.

–No pongas esa cara, Rik –Dee le colocó una mano en el brazo–. Todas las mujeres tenemos nuestros secretos.

Jerome frunció el ceño.

–¿Dónde está el secreto? Sapphie no pretende ocultar que…

–No sigas hablando, cariño –lo interrumpió su esposa–. Si Sapphie no le ha hablado a Rik de Matthew, nosotros tampoco deberíamos decir nada. Aunque me parece extraño que te lo hayas callado, hermanita.

Sapphie se giró hacia Rik, cuya expresión era tan inescrutable que nadie habría podido adivinar sus pensamientos.

Pero eso no la tranquilizó. Rik no era estúpido. Si averiguaba la edad de Matthew, solo tendría que sumar los nueve meses de embarazo a los cuatro años del pequeño para llegar a la conclusión de que él podía ser el padre.

–Es lo que tú misma has dicho, Dee –replicó Sapphie–. Todas las mujeres tenemos nuestros secretos.

Dee sonrió como una gata satisfecha.

–Al salir del hotel, nos hemos cruzado con el camarero y nos ha comentado que no habéis comido nada. ¿Os apetece que desayunemos juntos?

Sapphie no tenía hambre; de hecho, estaba tan nerviosa que cualquier cosa se le habría atragantado. Y por otra parte, no se sentía con fuerzas para sentarse con Rik después de la bomba que su hermanastra acababa de soltar.

–No, gracias –contestó–. Será mejor que vuelva al hotel para reservar billete en el tren y hacer el equipaje.

–Si no os importa –intervino Rik–, yo también os acompañaré.

Sapphie se quedó helada.

No podía ser posible.

Cuando creía haber encontrado la forma perfecta de alejarse de aquel hombre, el destino se burlaba de ella y la condenaba a estar encerrada con Rik, Dee y Jerome en el mismo tren y durante todo el trayecto a Londres.

Su solución se había convertido en una especie de purgatorio.

Rik notó la cara de horror de Sapphie.

Ni siquiera sabía por qué había dicho eso. Tenía intención de volver directamente a los Estados Unidos, sin pasar por Londres. Pero cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea.

Sapphie Benedict le gustaba mucho. Aún no sabía si le gustaba tanto por lo que había pasado entre ellos cinco años antes o porque era la primera mujer desde Dee que le interesaba de verdad. Pero, en cualquier caso, se sentía atraído por ella y no quería que desapareciera otra vez de su vida.

Además, los celos que había sentido cuando Dee mencionó a Matthew, lo convencieron de la necesidad de insistir y de luchar por lo que quería. Sapphie no llevaba anillo, lo que significaba que Matthew no era su esposo. Y supuso que tampoco estaría enamorada de él, porque si hubiera estado enamorada, no se habría marchado sola a París.

Aunque en última instancia, eso daba igual. Rik siempre había pensado que todo era válido en el amor y en la guerra.

Definitivamente, no iba a perderla por segunda vez. Era demasiado consciente de Sapphie y del recuerdo de la noche que habían compartido; de sus muslos cerrados alrededor de su cintura, de sus gemidos de placer mientras la besaba y la acariciaba, de la presión de sus dientes en el hombro cuando la llevó al orgasmo.

–Creo que yo también me saltaré el desayuno –les dijo a Dee y a Jerome–. De hecho, ¿qué os parece si Sapphie y yo quedamos con vosotros más tarde?

–A mí me parece bien –contestó Jerome–. ¿A qué hora?

–¿Al mediodía?

Jerome asintió.

–Perfecto. ¿Nos vamos, Dee? Me muero de hambre…

–Pues yo no –bramó Dee.

Jerome no perdió la sonrisa. Rik lo notó y pensó que su fortaleza anímica era admirable, porque la actitud de su esposa le habría molestado tanto como le habría molestado a él si se hubiera casado con Dee.

Pero no se había casado con ella. Y se alegraba de no haberlo hecho, porque la mujer que cinco años antes le había parecido perfecta e incomparablemente mejor que las demás, había resultado ser un fraude. Las discrepancias de la historia de Sapphie con las de su hermanastra eran demasiado evidentes. Dee le había mentido.

–Seguro que tienes hambre –insistió Jerome–. Sé que esta mañana no te sentías bien, pero ya ha pasado… en tu estado, es normal que estés de mal humor.

Rik se llevó una sorpresa. No se le había ocurrido la posibilidad de que Dee pudiera estar embarazada.

–Jerome tiene razón, Dee –declaró Sapphie–. Deberías desayunar algo.

Rik miró a su antigua novia. Durante unos momentos, se había quedado desconcertado con su embarazo; pero no tenía motivos para ello. Dee no era su esposa, sino la esposa de Jerome. Y ni siquiera estaba enamorado de ella.

–Sí, es mejor que comas algo –la animó con amabilidad–. A fin de cuentas, ahora tienes que comer por dos…

Dee lo miró con cara de pocos amigos y Rik maldijo su suerte. Había conseguido que las dos hermanastras estuvieran enfadadas con él.

Sin embargo, lo de Sapphie no le extrañó. Se había equivocado tanto con Dee, que entendía que lo mirara con sarcasmo cada vez que se giraba hacia él. La había puesto en un pedestal y se había convencido de que jamás podría enamorarse de otra mujer. Había sido un idiota. Se había enamorado de un espejismo.

Pero Sapphie no era ningún espejismo.

En el fondo, la conocía mucho mejor que a Dee; la conocía física y emocionalmente. Y le gustaba incomparablemente más.

–No seas ridículo, Rik –protestó Dee–. El bebé es tan pequeño que ni siquiera se nota que estoy embarazada…

Rik se dijo que eso era cierto. Dee le había parecido igual que siempre cuando se encontraron el día anterior. Incluso había pensado que estaba más guapa que nunca.

Pero entonces se acordó de que su hermana, Stazy, también parecía más guapa cuando se quedó embarazada de Sam. Quizás fuera normal con los embarazos. A fin de cuentas, sus conocimientos al respecto eran bastante limitados.

–¿Lo ves? Estás de mal humor –intervino Jerome con tono indulgente–. Bueno, nos vamos… os veremos más tarde.

Rik y Sapphie se quedaron a solas, en silencio. Rik no sabía qué decir, y supuso que Sapphie no hablaba porque seguía enfadada con él.

Pero se equivocó.

–No lo sabías, ¿verdad?

–¿Te refieres a lo del niño?

Ella asintió.

–Sí.

–¿Cómo iba a saberlo?

Sapphie se encogió de hombros.

–No, claro, supongo que no lo podías saber. Pero pensaba que…

–No, no te molestes en decirme lo que pensabas –comentó él con humor–. Te estoy muy agradecido, Sapphie. Me has ayudado a salir de lo que se podría haber convertido en una situación bastante difícil.

A Sapphie le brillaron los ojos.

–No lo hice por ti, sino por Jerome. Sé que está ilusionado con lo de tener un hijo.

Rik asintió.

–¿Y Dee? ¿También está ilusionada?

Sapphie lo miró con frialdad.

–Eso se lo tendrías que preguntar a ella.

Rik suspiró.

–Mira, Sapphie… puede que no lo creas, pero yo no había visto a Dee desde el día de su boda. Creo que te lo he dicho más de una vez. Ayer nos encontramos por casualidad. Y te aseguro que yo no miento.

–Ya, pero ¿cómo es posible que siguieras enamorado de una mujer a la que no habías visto en cinco años?

Rik quiso responder a su pregunta, pero ella siguió hablando.

–No, no, olvida lo que he dicho. No es asunto mío.

–Sapphie…

–Debería volver al hotel. Tengo que hacer el equipaje –dijo–. Si me disculpas…

Rik no intentó detenerla.

Se quedó en la calle, admirando el movimiento de su cuerpo y los destellos de su cabello bajo la luz del sol a medida que se alejaba.

De él.

Y le había dejado con la impresión de que Sapphie Benedict no tenía tiempo para sus confusas emociones; o por lo menos, para lo que ella consideraba sus confusas emociones.

Sin embargo, Rik no estaba confundido. Cinco años antes, se había enamorado de un espejismo llamado Diamond McCall.

Pero ya no la amaba.

En cambio, sentía algo por Sapphie.

Algo para lo que todavía no tenía nombre.

Capítulo 6

SAPPHIE se preguntó por qué se habría dejado arrastrar a una conversación sobre lo que Rik sentía por Dee. Además, si ella llevaba cinco años enamorada de Rik, un hombre al que solo había visto una noche, no le debía extrañar que él llevara cinco años enamorado de Dee, una mujer a la que en realidad no conocía.

Por supuesto, Matthew había sido un recordatorio constante de la existencia de Rik. Pero a pesar de ello, sabía que ya tendría que haber superado aquel amor imposible.

Y también sabía que su beso de aquella mañana había sido un error.

Sobre todo, porque se habían besado delante de Dee.

Ahora estaba segura de que su hermanastra la abordaría en cuanto se le presentara la ocasión. Y se le presentó aquella tarde, cuando estaban en la estación de ferrocarril. Rik y Jerome habían ido a buscar unos cafés para los cuatro y las habían dejado solas en un rincón tranquilo de la sala de espera.

–¿Qué crees que estás haciendo, Sapphie?

–¿Cómo?

–No te hagas la inocente –le dijo Dee de mala manera–. Sabes de sobra que Rik es mío. Y siempre lo será.

Sapphie pensó que Dee no tenía la culpa de ser tan egoísta. Su familia la había mimado en exceso. Su difunto padre la había considerado la perfección personificada y su madre se había mostrado demasiado indulgente porque estaba encantada de haber tenido una hija con su segundo marido.

Pero su actitud caprichosa, que resultaba encantadora en una niña, era insoportable en una mujer. Dee exigía adoración absoluta a todo el mundo. Y su carrera de actriz no había servido precisamente para mejorar su carácter; el público la adoraba hasta el extremo de que aquel mismo día los habían parado varias veces para pedirle un autógrafo.

Sin embargo, el público solo veía su belleza. No veía su mal humor ni sus rabietas, que Jerome mantenía dentro de un orden para protegerla de los periodistas.

–Nadie está compitiendo por tu amistad con Rik, Dee –dijo con suavidad, intentando tranquilizarla.

Dee arqueó sus rubias cejas.

–¿Amistad? ¡Es mucho más que una amistad!

Sapphie no lo dudaba. Ya sabía que Dee y Rik habían sido amantes. Pero no quería que se lo recordaran.

–Está bien…

–No, no está bien. Os estabais besando. Y ahora, Rik ha decidido viajar a Inglaterra en lugar de volver directamente a los Estados Unidos.

–Eso no tiene nada que ver conmigo, Dee –se defendió Sapphie–. Si Rik ha cambiado de planes, seguro que ha sido por ti, no por mí.

A Dee se le iluminaron los ojos.

–¿Tú crees?

A Sapphie le emocionó su inocencia. Tenía veinticinco años y estaba esperando un niño, pero en algunas cosas seguía siendo profundamente inmadura.

–Por supuesto que lo creo. Y por cierto, quería darte las gracias por no haberle dicho lo de Matthew.

Dee le lanzó una mirada felina.

–Eso no significa que no se lo vaya a decir. Es que Rik puede llegar a ser tan… indulgente hacia las mujeres, por así decirlo… No quiero que lo engañes y que de repente se encuentre atrapado con una pobre y patética madre soltera.

Sapphie se mordió el labio inferior. «Pobre y patética madre soltera». Pero ella no veía nada pobre ni patético en el hecho de ser madre de Matthew. Vivía bien, salía a menudo, tenía muchos amigos y, básicamente, hacía lo que quería hacer.

Además, sabía que Dee solo se mostraba tan desagradable porque quería alejarla de Rik. Y ella estaba más que dispuesta a concederle el

deseo.

Lo perdería de vista en cuanto llegaran a Londres. Aunque antes tendría que soportar un viaje con él en los estrechos confines del tren.

Los asientos resultaron ser muy cómodos. Viajaban en primera clase y todo era lujo. Pero estaban alrededor de una pequeña mesa, y como Jerome había insistido en quedarse junto a su esposa, ella no tuvo más remedio que sentarse con Rik.

Por suerte, Dee no pudo hacer ninguna objeción al respecto. Se quedó dormida poco después de que salieran de París y Jerome la imitó al cabo de un rato.

Rik no desaprovechó la oportunidad que se le había presentado. No estaban precisamente a solas, pero ahora podían hablar con cierta intimidad.

–¿Qué estabas investigando en París? –preguntó.

Sapphie se quedó desconcertada.

–¿Cómo?

–Ayer mencionaste que estabas haciendo una investigación.

–Ah…

–¿Sigues trabajando como secretaria personal de Jerome?

Ella sacudió la cabeza.

–No. Dejé de trabajar con él cuando se casó con mi hermanastra. Dee me convenció de que no era lo más apropiado en esas circunstancias.

Rik entrecerró los ojos.

–Comprendo… Así que, además de perder al hombre que amabas, también perdiste tu empleo –afirmó.

–Fue lo mejor que me pudo haber pasado.

–¿Y eso?

–Empecé a trabajar de periodista, por mi cuenta. Me dedicaba a hacer entrevistas y reportajes de ricos y famosos, pero aprendí cosas tan interesantes que, al cabo de un tiempo, decidí escribir un libro.

–¿Un libro? –preguntó él, sorprendido.

–En efecto. De hecho, viajé a París porque estoy preparando otro y necesitaba documentarme –le explicó.

–Así que eres escritora… ¡Vaya! –Rik parecía sinceramente impresionado–. Pero espera un momento… ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? ¡Tú debes de ser la famosa S. P. Benedict, la autora de *Cold Night*!

Ella sonrió.

–Sí. S. P. son las iniciales de Sapphire Pearl. Un nombre algo rimbombante, ¿no te parece? Pero me alegra que hayas oído hablar del libro.

–Me temo que es peor que eso…

–¿Peor?

–Nik me lo regaló y lo leí. En determinado momento, consideré la posibilidad de adquirir los derechos cinematográficos, pero según avanzaba… Bueno, no importa. Por una vez, me gustaría que tuviéramos una conversación sin insultarnos.

Sapphie rompió a reír.

–Quizás sería más fácil si no habláramos.

–No, esa no es una opción aceptable.

Rik señaló entonces unos asientos de la fila contraria, que estaban vacíos, y añadió:

–¿Nos cambiamos allí? Así estaremos más cómodos y no correremos el peligro de despertar a los bellos durmientes.

–¿Por qué no?

Rik y Sapphie se cambiaron de sitio y retomaron la conversación.

–De modo que eres escritora… tenemos más cosas en común de las que me había imaginado.

–No tanto –dijo ella, que no quería dejarse atrapar en la trampa de la complicidad–. Aunque supongo que entenderías particularmente bien mi primer libro.

–¿Por qué lo dices?

–Porque conoces a tantos actores y actrices que no te costará imaginarlos asesinándose entre ellos.

–Bueno, recuerda que solo soy un humilde guionista… normalmente estoy más cerca de ser una víctima que de ser un asesino.

Sapphie pensó que en el trabajo de Rik no había nada ni remotamente humilde. En general, trabajaba con su hermano Nik Prince, un famoso director de cine, y con su hermano Zak Prince, el actor. Pero no se limitaba a colaborar con ellos; también había colaborado con la mayoría de los directores de Hollywood.

En realidad, Rik estaba en un división mucho más importante que la suya.

–Tal vez debería tratar ese tema en mi próximo libro…

–¿Y cómo lo tratarías?

–¡Asesinando a un guionista con su propio bolígrafo!

Rik soltó una carcajada.

–Buena idea, pero yo no escribo con bolígrafos; escribo con mi ordenador portátil.

–Eso es aún mejor… te podrían asesinar a golpes de ordenador y me facilitarías la tarea como escritora.

–¿Facilitártela? ¿Por qué?

–Porque la sangre sería fácil de limpiar.

–¿Sabes que eres perversa?

–Sí, supongo que puedo llegar a serlo –admitió ella–. Sobre todo, si las circunstancias son las adecuadas…

Sapphie pensó que había una situación en la que indudablemente sería perversa: si alguien le intentaba arrebatar a su hijo.

Supuso que era un sentimiento común a todas las madres. Un amor feroz que en su caso había empezado en el preciso momento en que sostuvo en brazos a Matthew por primera vez; un amor que, lejos de haberse debilitado durante los cuatro primeros años de la vida del pequeño, se había hecho más fuerte.

Por eso, la parte de ella que estaba enamorada de Rik, deseaba estar con él. Y también por eso, la parte de ella que lo encontraba peligroso, quería mantenerlo tan alejado de su vida como le fuera posible.

–Pero dejemos de hablar de mí –dijo Sapphie para cambiar de conversación–. Tengo entendido que estabas trabajando en París…

Él asintió.

–Sí, estaba escribiendo la adaptación cinematográfica de *No Ordinary Boy*. Aunque debo decir que más que un trabajo es un placer. Mi hermano Nik se casó recientemente con un miembro de la familia del autor, Jinx Nixon.

–Ah, vi su fotografía en los periódicos…

–¿En serio?

–Sí. Y me parecieron una pareja muy feliz.

Rik asintió otra vez.

–Porque lo son. Jamás habría imaginado que llegaría el día en que viera a Nik enamorado de una mujer, pero…

–¿Sabes que lo conozco? Nos presentaron cuando todavía trabajaba para Jerome –explicó Sapphie–. Recuerdo haber pensado que era uno de los hombres más centrados que había conocido en mi vida.

–Y lo sigue siendo. Pero ahora está más centrado en Jinx que en

ninguna otra cosa.

–Es muy afortunada…

Rik la miró con interés.

–No me digas que tú también eres una de esas seguidoras de Nik que se mueren por sus huesos…

Sapphie negó con la cabeza.

–No, ni mucho menos, pero admiro su actitud hacia el trabajo… aunque supongo que eso cambiaría cuando se casó con Jinx.

–Bueno, Jinx no tiene ninguna queja.

–Puede que haya aprendido a no quejarse –alegó ella–. Por mi parte, jamás seré propiedad de ningún hombre.

Sapphie había hablado completamente en serio. Era una mujer independiente y tenía intención de mantenerse así.

Por su bien y por el bien del niño.

–Creo que malinterpretas la relación de Jinx y mi hermano –dijo Rik–. Jinx tiene demasiado carácter para dejarse dominar por nadie. Cuando llegó el momento de decidir quién se mudaba adónde, fue él quien se mudó… aunque tuvo que cambiar la sede de PrinceMovies, nuestra productora cinematográfica, a Inglaterra.

–¿Jinx trabaja en Inglaterra?

–Sí. Y su padre, que ahora vive con ellos.

Rik se dijo que el amor que Nik profesaba a su esposa era total. Como lo habría sido el suyo si no se hubiera enamorado de una mujer inadecuada.

Pero eso ya no tenía importancia. En el transcurso de unas pocas horas, había descubierto que su amor por Dee había sido un espejismo.

Ni siquiera era la mujer que había pensado que era; una mujer inteligente, sensible y honrada por encima de cualquier consideración. Cinco años antes, Dee le había mentido sobre ella, sobre su familia y sobre sus motivos para casarse con Jerome Powers. Le había mentido tanto que ya no le creía nada.

Y aunque tardaría un tiempo en asumirlo, al menos tenía la seguridad de que ya no estaba enamorado de Dee McCall.

–No necesitas salir en defensa de tu hermano –le aseguró Sapphie–. Mi opinión sobre él es completamente irrelevante. A fin de cuentas, nos hemos visto una sola vez y no nos volveremos a ver.

Rik se puso tenso.

–¿Por qué estás tan segura?

–Porque las personas como los hermanos Prince no suelen formar parte de mi día a día –respondió ella.

Rik interpretó sus palabras como una declaración de que no lo quería a él en su día a día. Y tampoco le sorprendió. Había dejado bien claro que no se alegraba de que sus caminos se hubieran cruzado otra vez.

–Yo soy uno de los hermanos Prince –le recordó–. Y ahora mismo, formo parte de tu vida.

Ella le dedicó una sonrisa nerviosa.

–Pero solo es temporal. Cuando lleguemos a Londres, nos separaremos y no nos volveremos a ver.

A Rik le molestó el comentario. Al parecer, Sapphie Benedict ardía en deseos de perderlo de vista.

–Esperaba que cenaras conmigo esta noche…

La sorpresa de Sapphie fue tan evidente que no hizo el menor intento por ocultarla.

–¿Quieres que cene contigo?

–Eso he dicho.

–¿Y por qué diablos ibas a querer cenar conmigo?

–Mira, Sapphie, sé que me comporté mal hace cinco años, pero…

–Preferiría no hablar de eso –lo interrumpió Sapphie.

Rik se inclinó hacia ella y habló en voz baja.

–Pues yo creo que deberíamos hablar de lo que pasó. Por lo menos, para aclarar las cosas entre nosotros.

–No hay nada que aclarar, Rik. Lo nuestro fue un amor de una sola noche; una simple y pura relación sexual.

–Yo no pienso en ello en esos términos… –se defendió Rik.

Ella arqueó una ceja.

–Por supuesto que lo piensas. No sé por qué insistes en transformarlo en algo romántico. No fue más que una aventura.

Él sacudió la cabeza.

–Te equivocas. Aquella noche fue tan poco habitual para mí como seguramente lo fue para ti. Si no me crees, pregunta a cualquier persona que me conozca. Pregunta a mis hermanos y te dirán que yo…

–¡No voy a hablar de aquella noche con terceras personas! –replicó Sapphie, intentando controlar su nerviosismo.

–Yo no he insinuado que…

–¿Por qué no lo olvidas de una vez? Sería lo mejor para todos.

Rik suspiró, frustrado.

–Porque quiero conocerte mejor, Sapphie.

–Pues yo no quiero saber nada más de ti –contraatacó ella–. Y ahora, si no te importa, dejemos el tema.

Rik no quería dejar el tema.

No quería porque Sapphie y la noche que habían compartido eran mucho más reales que su antiguo amor por Dee.

Lamentablemente, Sapphie era muy obstinada y se lo estaba poniendo muy difícil. Pero los Prince tenían fama de disfrutar con los desafíos.

Durante el resto del viaje, Rik se dedicó a charlar con Dee y Jerome, que se despertaron al cabo de un rato.

Obviamente, tuvo cuidado de no reiterar su intención de volver a ver a Sapphie, quien se mantuvo distante y alejada. Su actitud hacia él era tan negativa que Rik se empezó a preguntar si tenía algo malo, una especie de defecto de fabricación que le empujaba a desear a las mujeres que no le deseaban.

Pero eso no era estrictamente cierto en el caso de su antigua novia; aunque Dee no le había querido nunca, le había dado la impresión contraria. En cambio, Sapphie no se molestaba en disimular su rechazo.

Un rechazo que, por otra parte, le parecía bastante dudoso. Conocía a las mujeres y sabía que había disfrutado tanto como él cuando la besó.

Al llegar a Londres, los viajeros de Waterloo Station reconocieron a Dee y se empezaron a arremolinar a su alrededor. Mientras se abrían camino hacia la salida, Jerome se giró hacia Rik y Sapphie y dijo:

–¿Queréis venir con nosotros? Tengo un coche esperando.

–No, gracias. Tomaremos un taxi –respondió Rik.

Ni Sapphie ni la propia Dee tuvieron ocasión de protestar. Sapphie, porque se había quedado sin habla por la actitud de Rik y Dee, porque Jerome la agarró de un brazo y tiró de ella sin contemplaciones.

–Te veré esta noche, Sapphie, cuando vaya a visitar a mamá… –se despidió Dee.

Al librarse de la pareja y de la multitud que los perseguía, Rik soltó un suspiro de alivio.

–Uf…

–No voy a tomar un taxi contigo –afirmó Sapphie.

A Rik no le sorprendió su negativa. La daba por hecha, pero tenía una respuesta perfecta para la ocasión.

–Ni yo lo he dicho en serio. Ha sido un truco para librarte del circo que persigue a tu hermanastra. He supuesto que te gusta tan poco como a mí.

Rik sonrió para sus adentros. Nunca se había considerado un cínico, pero el cinismo se le daba muy bien. Y nadie habría podido decir que su explicación fuera poco convincente; en cuestión de unos pocos minutos, la estación de ferrocarril se había llenado de fotógrafos y paparazzi.

–Ah… gracias, Rik. Es cierto, no me gustan en absoluto.

Él sonrió.

–¿Te ha costado mucho?

–¿El qué?

–Darme las gracias.

Sapphie suspiró.

–Solo un poco. Pero bueno, supongo que es hora de que nos despidamos…

–Sí, supongo que sí.

–Ha sido una experiencia… interesante –ironizó ella–. Quizás deberíamos repetirla. Dentro de cinco años.

Sapphie le ofreció la mano. Esperaba que Rik se la estrechara, pero en lugar de eso, la agarró y tiró de ella hacia él.

–Esto no es un adiós definitivo, Sapphie.

Rik no lo pudo evitar.

Sintió el deseo irrefrenable de besarla y la besó.

Y durante un momento, tan breve que solo duró un par de segundos, sintió que Sapphie también lo deseaba y que estaba a punto de rendirse.

Pero reaccionó enseguida y se apartó con enfado.

–No te engañes, Rik. Mi adiós es absolutamente definitivo.

Sapphie alcanzó su maleta y se alejó entre la multitud.

Rik permaneció donde estaba, sin hacer el menor intento de seguirla. Sabía que ya había tentado demasiado a la suerte.

Poco después, salió de la estación, se subió a un taxi y dio al conductor la dirección de la casa de Nik. Ya estaban en marcha cuando en su boca se dibujó una sonrisa. Estaba trazando un plan para volver a ver a Sapphie Benedict.

Porque por mucho que se engañara ella, por muy segura que estuviera de lo contrario, aquel no iba a ser su último día.

En absoluto.

Capítulo 7

SINCERAMENTE, mamá, no sé qué estamos haciendo aquí.

Sapphie gruñó y echó un rápido vistazo a la sala del hotel, uno de los más caros y lujosos de Londres, donde se estaba celebrando la fiesta del estreno de la última película de Diamond McCall.

–No seas tan quejica, Sapphie… –protestó su madre, Joan McCall, con cariño.

Joan era una mujer voluptuosamente atractiva, de cincuenta y pocos años, que aquella noche se había dejado el pelo suelto y se había puesto un vestido negro, muy ajustado, que enfatizaba sus curvas.

–¿Quejica?

–Por supuesto que sí. Me estoy divirtiendo mucho. Es la primera vez que Dee me invita a una de sus fiestas…

En realidad, la invitación no había sido de Dee, sino de Jerome. Sapphie lo sabía de sobra porque también la había invitado a ella. Pero después de una semana de mirar por encima del hombro, temiendo que Rik apareciera en cualquier instante, había empezado a desconfiar de todo y de todos.

De hecho, Sapphie no aceptó la invitación hasta asegurarse de que ninguno de los hermanos Prince tenía nada que ver con la película de Dee.

Dio un trago de champán y volvió a mirar a su alrededor. Se sentía tan fuera de lugar como un pez dorado entre un montón de pirañas.

–Pues qué quieres que te diga –respondió a su madre–. Yo preferiría estar en casa, con Matthew.

Para empeorar la situación, Sapphie había tenido que salir de compras porque no disponía de un vestido adecuado. Naturalmente, asistía con cierta frecuencia a fiestas de amigos y conocidos; pero en su armario no había nada que sirviera para un estreno cinematográfico. Sobre todo, de una película donde su hermana interpretaba el papel de protagonista.

Su madre la había acompañado y la había convencido para que se gastara un buen pellizco de sus ahorros en un vestido de seda de estilo chino y color dorado, que combinó con unos zapatos de tacón alto.

No podía negar que estaba guapa. Hasta su hijo se lo había dicho cuando le metió en la cama para darle un beso de buenas noches.

–No seas tonta, querida –dijo Joan, desestimando sus quejas–. Son las once de la noche. Matthew ya estará dormido.

Sapphie sabía que tenía razón, pero insistió de todas formas.

–Entonces, habría preferido quedarme en la cama con un buen libro.

Sapphie le había advertido a su madre que solo se quedaría una hora o una hora y media como mucho; lo justo para apoyar a Dee en su intención de dar una imagen pública de familia unida y feliz.

Dee tenía un motivo importante para querer dar esa imagen. La noticia de su embarazo había aparecido en los medios a principios de semana, junto con fotografías de Jerome y de ella misma.

Pero al verla allí, rodeada de amigos y de admiradores, tan esbelta como siempre y radiante con un vestido del mismo color de sus ojos, nadie habría podido creer que estaba embarazada de tres meses.

–Vamos, Sapphie…

–No insistas, mamá. Solo quiero irme de aquí.

Justo entonces, oyeron una voz masculina.

–Lamento que te marches… Eres Sapphie Benedict, ¿verdad? Creo que nos presentaron en Nueva York hace unos años.

Sapphie lo reconoció al instante.

El hombre que se había acercado tenía los ojos grises y algunos años más que Rik, pero se parecía notablemente a su hermano.

Nik Prince.

Y por si hubiera tenido alguna duda, la presencia de la mujer pelirroja que lo acompañaba, confirmó su identidad. Sapphie no la conocía personalmente, pero la había visto en las portadas de los periódicos. Era Juliet Nixon, aunque todos la llamaban Jinx.

–Sí, es cierto.

–Ya sabía yo que te conocía… pero ¿quién te acompaña?

–Ah, disculpa… es mi madre, Joan McCall –respondió–. Mamá, te presento a Nik Prince y a su esposa, Juliet.

Sapphie no se sintió cómoda bajo la mirada de Nik, que parecía extrañamente interesado en ella. Pero, por suerte, Nik derivó su encanto hacia Joan.

–Ahora entiendo que Sapphie y Dee sean tan extraordinariamente bellas; es evidente que han salido a su madre.

Joan se ruborizó.

–El señor Prince es un director de cine muy conocido –le explicó Sapphie.

Nik le estrechó la mano a Joan.

–Encantada de conocerlo, señor Prince.

–No, por favor, llámame Nik. Pero todavía no os he presentado a mi esposa…

Tras el intercambio de saludos posterior, Jinx se dirigió a Sapphie en voz baja. Era evidente que había notado su incomodidad con la fiesta, porque dijo:

–A mí también me abruman este tipo de celebraciones. ¿Qué te parece si vamos a tomar una copa al bar del hotel cuando llegue Rik?

Sapphie sintió pánico.

Rápidamente, giró la cabeza y miró la sala con desesperación, sintiéndose como una presa a punto de ser cazada.

Rik también iba a ir a la fiesta.

Ahora estaba convencida de que la invitación de Jerome no había sido totalmente inocente. Sin embargo, no sabía si Jerome los había invitado a los dos para ejercer otra vez de casamentero o si Rik se las había arreglado para manipular a Jerome.

Por la presencia de Nik y de su esposa, supuso que sería lo segundo. Pero no entendió por qué. A fin de cuentas, había dejado bien claro que no quería volver a verlo.

–Me temo que no será posible.

Jinx la miró con interés.

–¿Por qué?

Sapphie respiró hondo. Tenía que salir de allí antes de que Rik llegara.

–Porque tengo que estar en casa a las doce.

–¿Ah, sí? –intervino un tercero, de voz increíblemente familiar–. ¿Es que te conviertes en calabaza a medianoche?

Sapphie se quedó helada.

Estaba vigilando la entrada principal de la sala por si Rik aparecía; pero había entrado por una de las puertas laterales.

Si tenía intención de sorprenderla, lo había conseguido.

–Hola, Rik…

Pero su sorpresa no fue tan grande como su admiración. Rik estaba impresionante con su esmoquin negro, su camisa blanca y su pajarita. Tenía el pelo ligeramente húmedo, como si acabara de salir de la ducha, y sus ojos azules brillaron con humor cuando la tomó de la mano y le dio un beso en la mejilla.

–Hola, Sapphie. Me alegro de volver a verte.

Sapphie pensó que, a pesar de que Joan, Nik y Jinx estuvieran presentes, ella también se alegraba de verlo. El ritmo de su corazón se volvió errático y sus mejillas se tiñeron de rubor por el placer de estar con él otra vez.

Pero su relación era imposible.

Matthew lo impedía.

–No era la Cenicienta la que se transformaba en calabaza, sino la carroza –le recordó.

Él se encogió de hombros.

–Nunca he tenido buena memoria con los cuentos…

Sapphie tenía muy buena memoria con ellos porque se los conocía todos cuando era una niña. Pero ya no era una niña y aquello no era un cuento de hadas.

Tenía que encontrar la forma de limitar los daños. Y no se le ocurría mejor forma que marcharse cuanto antes y poner tierra de por medio.

–Eso es verdad. Por lo que recuerdo, Rik prefería las historias de aventuras –comentó su hermano.

A Sapphie no le costó imaginárselo de niño, con la cabeza hundida en una de esas historias y completamente absorto en la lectura.

Por desgracia, la imagen le recordó a Matthew y Matthew le recordó los motivos para alejarse de él.

–Buenas noches –Rik se dirigió a Joan–. Encantado de conocerte…

–Dios mío… –dijo Joan con una sonrisa–. Ya solo falta que aparezca vuestro hermano Zak. Aunque creo que me desmayaría al

verlo.

–No te preocupes por eso, Joan –Jinx soltó una carcajada–. Zak no vendrá esta noche. Sigue de luna de miel.

–Sí –dijo su esposo–. Llevan tanto tiempo fuera que empiezo a creer que no volveremos a verlos…

Juliet le dio un codazo.

–¡Solo estás celoso porque se acaban de casar y tú ya llevas tres meses de matrimonio! –bromeó.

Nik sonrió de forma traviesa.

–¿Ah, sí? Repíteme eso esta noche y te demostraré lo que se puede hacer cuando llevas tres meses de matrimonio.

Sapphie pensó que parecían una pareja feliz, pero su felicidad le importaba bastante menos que la necesidad de salir de aquel lugar. Sin embargo, todos sus intentos por apartarse estaban siendo inútiles. Rik todavía no le había soltado la mano.

–Bueno, tengo que irme…

–No, tú no tienes que ir a ningún sitio –intervino su madre–. Será mejor que me marche yo y que tú te quedes con tus encantadores amigos. Sales muy poco, Sapphie. Quiero que te diviertas para variar.

–¿Que salgo poco? Te recuerdo que acabo de volver de París, donde he pasado cuatro días enteros… –protestó ella.

Sapphie no se quería quedar. En primer lugar, porque los Prince no eran amigos suyos; y en segundo, porque tenía que alejarse de Rik.

El simple hecho de estar a su lado la desequilibraba por completo. Sus mejillas estaban permanentemente calientes y el estómago se le revolvía con nerviosismo. Sin mencionar que la estaba volviendo loca con el contacto de su mano.

Tenía que escapar de allí.

Y no solo por el bien de Matthew.

Rik notó que la mano de Sapphie temblaba un poco y supo que estaba nerviosa. Pero también notó el rubor de sus mejillas y la vulnerabilidad de su cuello, que aquella noche estaba desnudo porque se había recogido el pelo en un tocado alto.

Estaba preciosa.

Se había puesto un vestido de seda, de color dorado, que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Tenía poco escote y la falda le llegaba a las rodillas, pero resultaba tan sexy como la más reveladora de las prendas.

Rik pensó que Sapphie habría estado guapa hasta con una manta vieja.

La última semana había sido un infierno para él; se le había hecho tan larga que, en lugar de siete días, le habían parecido siete meses. Pero su presencia en la fiesta no había sido cosa suya, sino de Nik, que le había hecho el favor de organizarlo todo. No se podía arriesgar a que Sapphie se enterara y declinara la invitación. Su presencia debía ser una sorpresa.

Por supuesto, su hermano se divirtió mucho a su costa cuando le explicó lo que pasaba. Sobre todo, porque resultó que Nik sabía muchas más cosas de Diamond McCall que Rik. Al parecer, su coquetería con los hombres era legendaria en el mundo del cine; incluso había intentado seducirlo a él, aunque sin éxito.

Rik se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago cuando le confesó que había estado enamorado de ella y Nik rompió a reír.

–¿Enamorado de Diamond McCall? –había exclamado–. ¡Pero si esa mujer es más coqueta y superficial que la propia Afrodita!

Por suerte para Rik, Jinx estaba presente y salió en su defensa. De hecho, ella había sido quien tuvo la idea de invitarlo a la fiesta para que viera otra vez a Sapphie.

Y su plan había tenido éxito.

–No le des más vueltas, hija mía –declaró Joan–. Volveré a casa en el coche que Jerome ha puesto a nuestra disposición… tú puedes volver más tarde.

Joan McCall le dedicó una sonrisita cómplice; se había dado cuenta de que Rik no le había soltado la mano. Y Sapphie se tuvo que recordar a sí misma que su madre no formaba parte de ninguna confabulación. Simplemente, se alegraba por ella.

–No, mamá. Ya sabes que me he levantado pronto esta mañana y que…

–Dudo que te pase nada porque te acuestes tarde una noche –insistió Joan–. Quiero que te quedes aquí y que te diviertas. Y no te preocupes por Matthew, por favor… ya le has dicho que ibas a una fiesta.

Matthew.

Cuando oyó el nombre, Rik se estremeció.

Seguía sin saber quién era. Y le desconcertaba mucho, porque no

alcanzaba a adivinar la relación que mantenía con Sapphie.

Por un lado, era tan importante para ella que se quería ir por él; pero por otro, Sapphie asistía a fiestas y se iba de viaje a París sin que la acompañara.

No tenía ni pies ni cabeza.

Momentos después, Joan se despidió de ellos y cruzó la sala para despedirse también de Dee, que estaba en el centro de una multitud de admiradores.

La visión de Dee dejó completamente frío a Rik. Cuanto más la conocía, menos le gustaba. De hecho, lamentaba que su camino se hubiera cruzado con el de ella cinco años atrás. Había perdido mucho tiempo por una mujer que no se lo merecía.

Pero no iba a perder más.

Dee no era importante; Sapphie, sí.

Y Rik tuvo la sensación de que Sapphie se había quedado pálida y más callada de lo normal, como si la mención de Matthew le preocupara sobremanera.

–Si Matthew significa tanto para ti, ¿por qué no ha venido contigo? –preguntó, harto de tantos secretos.

Nik empezó a toser como si se estuviera atragantando. Rik le lanzó una mirada de impaciencia y su hermano respondió con una mirada de exasperación, como si supiera algo que sabía todo el mundo menos él.

Mientras Jinx se acercaba a su esposo para darle una palmadita en la espalda, Rik respiró hondo e intentó controlar sus celos.

Si se dejaba dominar por ellos, le estropearía la velada a Sapphie hasta el punto de que seguramente se marcharía y no la volvería a ver. Pero su objetivo era justo el contrario; había ido a la fiesta para demostrarle que se llevaban muy bien y que ella disfrutaba tanto de su compañía como él de la suya.

–Sinceramente, dudo que este sea el lugar más adecuado para Matthew –contestó Sapphie, tensa.

Jinx decidió intervenir.

–Nosotros estábamos a punto de ir al bar del hotel para tomarnos una copa. Venga, Nik… –dijo, tomando del brazo a su esposo–. Veamos si podemos encontrar un lugar tranquilo donde sentarnos.

Rik se quedó a solas con Sapphie.

Llevaba toda la semana esperando ese momento, pero ahora no sabía qué decir. No encontraba la forma de explicarle que había estado

enamorado cinco años de una mujer que no existía, que era un simple producto de su imaginación. No encontraba la forma de explicarle que ella, Sapphie, era mucho más real que su hermanastra. No encontraba la forma de decirle que la adoraba.

De hecho, se estaba enamorando de Sapphie.

O ya lo estaba.

Lo había pensado mucho durante los últimos días, pero todavía no estaba seguro. Solo sabía que le encantaba la sinceridad y la franqueza de aquella mujer, que su compañía le resultaba muy estimulante y que lo excitaba de un modo que jamás habría creído posible.

Pero también sabía, por sus conversaciones anteriores, que no se mostraría particularmente dispuesta a escuchar.

–Estás preciosa.

Sapphie le lanzó una mirada de sorpresa. Era evidente que no esperaba un halago; sobre todo, después de que Rik preguntara por Matthew con tanta brusquedad.

–De hecho, estás increíblemente bella –insistió.

Las mejillas de Sapphie se ruborizaron.

–Oh, vamos, Dee siempre ha sido la guapa de la familia.

Rik pensó que se merecía esa réplica. Al fin y al cabo, había necesitado cinco años enteros para darse cuenta de la sensualidad y de la belleza de Sapphie. Y por otra parte, nunca le habían importado sus sentimientos. Para él solo había sido una mujer con la que se acostó una noche y que ya no estaba en su cama cuando se despertó al día siguiente.

–¿Tomamos algo? Ya que estoy aquí, supongo que debería socializar un poco –dijo ella.

Sapphie se giró con intención de alejarse a toda prisa, pero la falda del vestido era tan estrecha que solo pudo caminar con pasos cortos y elegantes.

Rik la alcanzó con facilidad y la tomó del brazo.

–¿Sabes una cosa?

–¿Qué? –bramó ella.

–Tu vestido me gusta cada vez más.

Sapphie lo miró con exasperación, pero Rik se sintió más animado. Por lo menos no había replicado con una de sus frases tajantes ni había intentado huir otra vez.

Indiscutiblemente, era un principio.

Capítulo 8

SE ESTABA divirtiendo. Por asombroso que fuera, se lo estaba pasando en grande. Sapphie miró el reloj y vio que había pasado más de una hora desde que dejaron la fiesta y se unieron a Nik y Jinx en el bar del hotel. Una hora durante la cual se habían tomado dos botellas de champán y habían disfrutado de las anécdotas de la pareja sobre su breve noviazgo y posterior matrimonio.

Sapphie era consciente de que el champán la estaba ayudando a relajarse, pero al mismo tiempo, su encuentro con Rik no estaba resultando tan difícil. Entre otras cosas, porque Dee no estaba presente.

Sin embargo, sospechaba que el encuentro no había sido casual. No sabía cómo lo había hecho, pero tenía la sensación de que Rik se las había arreglado de algún modo para que coincidieran en la fiesta.

Y aun así, se estaba divirtiendo.

De hecho, la velada no había tenido más momento traumático que el desliz de Joan cuando mencionó a Matthew.

Pero lo de su hijo le preocupaba. Aunque Rik no tenía forma de saber que no era un hombre, sino un niño de cuatro años, se estaba acercando poco a poco a la verdad.

–¿Más champán?

Sapphie sacudió la cabeza.

–No, gracias. Tengo que irme pronto.

En realidad, Sapphie también estaba preocupada por lo que podía decir si seguía bebiendo. Se había relajado en exceso y tenía miedo de cometer un error.

–¿Por qué? Me dijiste que trabajabas por tu cuenta… seguro que puedes elegir tus horarios de trabajo.

Sapphie no estaba pensando precisamente en su trabajo, sino en su hijo. Todas las mañanas, sin falta, se despertaba a las seis y media y esperaba que su madre estuviera a su lado, tan feliz y despabilada como él.

Por supuesto, su madre la ayudaba a cuidar al pequeño, pero no era lo mismo. Sapphie prefería cuidarlo personalmente.

–A decir verdad, somos nosotros los que nos deberíamos ir –intervino Nik–. Mi esposa me ha desafiado en la fiesta y ardo en deseos de demostrarle que estoy tan en forma como en el primer día de nuestro matrimonio.

Nik tomó de la mano a Jinx y se levantaron.

–Ha sido un placer, Sapphie –continuó.

–Lo mismo digo –declaró Jinx con una sonrisa–. ¿Qué os parece si cenamos juntos uno de estos días? ¿El sábado os parece bien?

Sapphie parpadeó, sorprendida.

Obviamente, Nik y Jinx habían pensado que Rik y ella eran pareja. Pero no podía ser porque él le hubiera dado un beso en la mejilla ni porque la hubiera tomado de la mano. Tenía que haber algo más.

En ese momento, los dos hermanos intercambiaron una mirada de complicidad y Sapphie supo, ya sin duda alguna, que Rik había organizado el encuentro en la fiesta.

–No sé qué decir. No creo que…

Rik la interrumpió.

–Te llamaré mañana para confirmártelo, Jinx. Supongo que Sapphie tendrá que comprobar su agenda para saber si tiene el sábado libre.

Sapphie no necesitaba comprobar su agenda. Sabía perfectamente que no tenía ningún compromiso, pero detestaba que tomaran decisiones en su nombre.

–No, yo…

–De acuerdo, Rik. Llámame –dijo Jinx.

La esposa de Nik se despidió de su cuñado y le dio un beso a Sapphie antes de añadir:

–He disfrutado mucho de la velada. Espero que puedas venir el sábado… a Nik y a mí nos encantaría.

Sapphie supo que Jinx era sincera, pero ese no era el problema.

El problema era Rik.

Porque era tan consciente de él que sus defensas se iban debilitando lentamente por el simple hecho de estar a su lado.

Y ya había tropezado una vez en esa piedra. No podía tropezar dos.

–Está bien, lo intentaré.

–Genial.

Jinx y Nik se marcharon y los dejaron a solas. Entonces, Sapphie se giró hacia Rik y lo miró con furia.

–¡Lo has organizado tú!

–¿De qué estás hablando?

–¡De nuestro encuentro en la fiesta!

Rik asintió.

–Sí, es verdad.

Ella lo miró con asombro.

–¿Qué has dicho?

–Que es verdad, que lo he organizado yo. Incluso me encargué de que Nik y Jinx llegaran antes para que rompieran el hielo –le confesó.

–¿Cómo te has atrevido a hacer eso?

Rik soltó un suspiró.

–¿Qué te parece si nos sentamos otra vez?

–¡No me quiero sentar! –replicó Sapphie con vehemencia–. Solo quiero saber por qué has hecho eso.

–Porque quería verte. La última vez que nos vimos, me cerraste todas las puertas y…

–¡Claro que te las cerré! ¡No quería volver a estar contigo!

–Pero…

–Mira, Rik, el hecho de que Dee se casara con el hombre al que yo amaba no significa que yo te necesite a ti para llenar el hueco.

Rik sonrió.

–Dee no tiene nada que ver.

–Claro que sí. Sigues enamorado de mi hermanastra. Y ella lo sabe.

–Ni estoy enamorado de ella ni me importa lo que sepa o deje de saber.

Sapphie sacudió la cabeza, impaciente.

–No tengo tiempo para estas tonterías. Me voy.

–Te acompañaré para asegurarme de que…

–¡Basta, Rik!

Rik se detuvo.

–Me gusta la vida que llevo –siguió Sapphie–. Soy feliz. No quiero

que… No quiero…

Al mirarla a los ojos, Rik se llevó una sorpresa. Se le habían llenado de lágrimas.

–¿Estás llorando?

Ella no contestó.

–Maldita sea… lo siento mucho. No pretendía hacerte llorar.

–Entonces, ¿qué pretendías? ¿Por qué te has tomado tantas molestias para… ?

–No ha sido ninguna molestia. Como ya te he dicho, quería verte otra vez… y tenía que encontrar la forma de que coincidiéramos, porque tú no querías verme.

–¡Por muy buenos motivos! –exclamó ella–. No sé por qué te empeñas tanto, pero te aseguro que no voy a cambiar de decisión.

Sapphie alcanzó el bolso y añadió:

–Ahora tengo que irme. Y lo digo en serio.

Dio media vuelta, avanzó rápidamente por la sala, cruzó el vestíbulo del hotel y salió al exterior, donde se detuvo a respirar hondo.

Estaba tan nerviosa que tenía miedo de vomitar.

–¿Sapphie?

Todas las defensas de Sapphie se habían hundido cuando Rik apareció a su lado y la tomó entre sus brazos.

Sabía que la iba a besar.

Y no se lo impidió.

Su necesidad de él era demasiado grande como para resistirse. De hecho, le pasó los brazos alrededor del cuello y entreabrió la boca apenas un segundo después de sentir el contacto de sus labios.

Rik gimió e intensificó el beso mientras llevaba las manos a su cintura y se apretaba contra su cuerpo.

Sapphie supo entonces que no había cambiado nada.

Aún deseaba y amaba a aquel hombre; pero eso no era tan inquietante como la revelación de descubrir que siempre lo amaría.

–Oh, Sapphie, Sapphie… –dijo él.

Rik le acarició dulcemente la espalda y la besó en el cuello.

–Te deseo tanto, Sapphie…

–¡No!

Su negativa fue solamente verbal. Intentó encontrar las fuerzas necesarias para apartarse, pero no las encontró.

–Tú también me deseas, Sapphie.

–No, yo no…

–Deja de luchar contra mí, cariño.

–No me llames así –protestó ella mientras le empujaba por los hombros–. ¡Suéltame! ¡He dicho que me sueltes!

–Pero…

–¿Es que no entiendes que en mi vida no hay sitio para ti?

Rik dejó de acariciar a Sapphie, pero cerró las manos sobre sus brazos.

–¿Que no hay sitio para mí? ¿Insinúas que me equivoqué contigo en París y en Londres, cuando nos despedíamos? ¿Insinúas que tu deseo es un producto de mi imaginación? ¿Que no me has besado ahora con tantas ganas como yo?

–Exacto.

Rik la miró con tristeza y ella se sintió culpable.

–Está bien, admito que no te lo has imaginado –siguió hablando–. ¿Y qué? Eso solo demuestra que eres un hábil seductor.

Él frunció el ceño.

–Eso no es verdad. Demuestra algo más importante.

–¿Qué demuestra?

–Para empezar, que no estás enamorada de ese tal Matthew.

Sapphie lo miró a los ojos y se sintió desfallecer.

Rik se quedó asombrado con el cambio de Sapphie; había palidecido de repente y parecía al borde del desmayo. Siempre reaccionaba así cuando mencionaban a Matthew en su presencia. Era verdaderamente desconcertante.

Pero Sapphie respiró hondo y se recuperó enseguida.

–Estás muy equivocado. Quiero a Matthew con toda mi alma.

Sus palabras fueron como una puñalada para él. Le dolieron tanto que se quedó en silencio, atónito.

–Matthew es el último ser vivo al que veré cuando me acueste esta noche, y será el primero al que vea cuando me despierte mañana. Por si eso no te parece suficiente, te diré otra cosa… cuando estoy triste o deprimida, solo tengo que pensar en él y me animo al instante. Si eso no es amor, dime qué es.

Rik parpadeó. No podía negar que la descripción de Sapphie era la descripción del amor. Lo sabía de sobra porque también habría servido para describir las emociones que albergaba hacia ella.

Pero era demasiado tarde.

Siempre era demasiado tarde para él.

Y no sabía qué decir. Si estaba enamorada de Matthew, ya no tenía sentido que le confesara su amor.

Había tenido una oportunidad con ella cinco años antes, pero la había desaprovechado. Y pensándolo bien, pensó que era normal que estuviera con otro. No podía esperar que una mujer tan bella como Sapphie siguiera libre después de tanto tiempo.

Sonrió sin humor alguno y asintió.

–Sí, yo diría que eso es amor.

–Excelente; al menos estamos de acuerdo en algo. Y ahora, si no te importa, me voy a casa. Deberías volver dentro y disfrutar de la fiesta.

Sapphie hizo una seña al conductor del primer taxi que estaba en la parada del hotel. En cuanto se acercó, abrió la portezuela y entró en el vehículo.

Rik no se movió.

Se quedó allí hasta que el taxi desapareció en la distancia. Entonces, se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar hacia el Támesis.

La visión del agua siempre le había resultado relajante. Su madre solía decir que se debía a que se bañaba muy a menudo en el mar cuando estaba embarazada de él. Y tal vez estaba en lo cierto porque, unos minutos más tarde, cuando se apoyó en la barandilla y contempló las aguas del Támesis, se sintió algo mejor.

Sapphie había dicho que estaba enamorada de Matthew y no tenía motivos para dudar de su sinceridad. Pero, por otra parte, tampoco tenía motivos para dudar de su deseo; se lo había demostrado una vez más en el hotel.

Y no tenía sentido.

Si efectivamente estaba enamorada de otro, no entendía que lo hubiera besado de esa forma.

Al cabo de un rato, sacudió la cabeza y se dirigió al hotel donde se alojaba, el mismo donde habían celebrado la fiesta. Pero no era su noche de suerte, porque acababa de entrar cuando se topó con Jerome Powers.

Precisamente, con Jerome Powers.

–Hola, Rik…

–Hola, Jerome.

–Me alegro de verte. Había bajado para ver si os encontraba a ti y a los demás.

–Me temo que llegas tarde. Nik, Jinx y Sapphie se han ido a casa y yo estaba a punto de subir a acostarme.

Jerome sonrió con despreocupación.

–¿No has tenido suerte con Sapphie? Tómatelo con calma; ya sabes lo que dicen sobre los gatos escaldados…

El comentario disgustó a Rik hasta el extremo de que se metió las manos en los bolsillos para no darle un puñetazo.

–Preferiría no hablar de eso –dijo con frialdad–. Además, ¿no deberías estar con tu esposa en lugar de andar buscando a Sapphie?

Jerome sonrió de oreja a oreja.

–Ah, mi esposa… está realmente guapa esta noche, ¿verdad? Pero tienes razón; debería volver con ella.

Rik pensó que ya se había librado de él cuando añadió:

–Si yo estuviera en tu lugar, no me rendiría con Sapphie. Me he dado cuenta de que le gustas de verdad.

Rik ya sabía que le gustaba, pero quería más que eso. Mucho más. Y ni siquiera estaba seguro de que la volviera a ver.

No podía presentarse en su casa y llamar a su puerta ni, por supuesto, después de lo ocurrido aquella noche, presentarse en otro acto al que fuera a acudir. Sabía que el truco no funcionaría otra vez.

Desesperado, subió a la habitación, abrió una botella de whisky y se sirvió un vaso.

En algún momento, después de tomarse tres vasos de whisky y otro de ginebra, se quedó dormido. Y cuando el sonido del teléfono lo despertó, se encontró tumbado en el sofá de la suite y con el esmoquin que se había puesto para la fiesta.

Rápidamente, se sentó.

Tenía una resaca tan terrible que pensó que le iba a estallar la cabeza.

Alcanzó el auricular del aparato y al cabo de unos segundos, después de que se le cayera un par de veces, dijo:

–Seas quien seas, déjame en paz.

Al otro lado de la línea se oyó una carcajada.

–¿Te encuentras bien, hermanito?

Era Nik.

–Eso te lo diré más tarde. Ahora me conformaría con mantener la

cabeza encima de los hombros –respondió.

Nik volvió a reírse.

–Parece que tu plan no salió muy bien…

–No, se podría decir que no.

–Bueno, de todas formas no te llamo por eso. He tenido una reunión muy interesante con Jerome y quería informarte… ¿Sabes que Dee y él se van a los Estados Unidos?

–No me digas –repuso Rik con desinterés.

–Pues sí, se van esta misma tarde.

A Rik no le importaba en absoluto. Y tampoco estaba de humor para hablar de negocios.

–¿Qué hora es? –gruñó.

Nik no tuvo ocasión de contestar, porque Rik ya había visto la hora en su reloj de pulsera. Eran las once y media de la mañana.

–¿Te importa que te llame más tarde, Nik? Me acabo de despertar y sigo algo dormido. Necesito darme una ducha.

–No, claro que no me importa. Aunque por otra parte…

–¿Qué? –dijo Rik, irritado.

–Solo te he llamado para decirte que, según Jerome, Sapphie se resiste a mantener relaciones amorosas porque tiene un hijo pequeño. Parece ser que el padre de la criatura la abandonó cuando estaba embarazada y….

Rik dejó de escuchar.

Se había quedado completamente atónito. Y los cuatro vasos de whisky y ginebra que se había tomado durante la noche no tenían nada que ver.

Un hijo. Sapphie tenía un hijo.

–¿Cómo se llama?

–¿El niño? Se llama Matthew.

Por fin lo entendía.

Cuando Sapphie le habló del amor que sentía por él, no se refería a un hombre adulto, sino a su propio hijo.

Y eso cambiaba las cosas.

Capítulo 9

NO LE VAS a decir nunca que tiene un hijo? Sapphie se puso pálida y miró a su madre, sentada al otro lado de la mesa de la cocina. Estaban desayunando juntas mientras Matthew jugaba alegremente en el suelo con un mecano que le había regalado el día de su cumpleaños.

Sapphie no había dormido bien. De hecho, no estuvo segura de haber dormido nada cuando entró a las seis y media en el dormitorio del pequeño; solo sabía que las imágenes de la fiesta de Dee volvían constantemente a su cabeza.

–¿Qué has dicho?

–He preguntado si no se lo vas a decir.

Sapphie suspiró. Su madre había descubierto la identidad del padre de Matthew.

–Anoche, cuando me presentaste a Nik Prince y a su encantadora esposa, pensé que Matthew se parecía mucho a él –continuó Joan–. Lo cual habría sido un desastre, teniendo en cuenta que se acaba de casar… pero luego, al ver a Rik, me di cuenta de que me había equivocado. Él es el padre del niño.

Sapphie no se atrevió a negarlo. Se quedó en silencio.

–¿Necesitas que te repita la pregunta? Está bien, si te empeñas… ¿Le vas a decir lo de Matthew?

Sapphie tragó saliva. La noche anterior no había podido hablar con Joan porque ya se había acostado cuando llegó de la fiesta; después, echó un vistazo al niño y se acostó, así que no había tenido ocasión de pensar demasiado.

Pero de todas formas, no se le habría ocurrido que su madre reconocería al padre de Matthew. Y ahora estaba esperando una respuesta.

–No, no tengo intención de decírselo.

Joan alcanzó su taza de café y dio un sorbo.

–¿Por qué no?

–¿Y tú me preguntas eso? –dijo Sapphie con asombro.

Su madre la dejó hablar.

–Sería terrible para el pequeño, mamá. Una madre inglesa y un padre estadounidense… Matthew se convertiría en una especie de pelota de ping-pong humana, siempre yendo y viniendo de aquí para allá.

–No tiene por qué ser así…

–¡Por supuesto que sería así!

–Pero es evidente que tú le gustas a Rik…

–¿Que yo le gusto? Sí, supongo que sí, pero solo le gusto para acostarse conmigo.

Joan la miró con preocupación.

–Sabes que nunca te presioné sobre la identidad del padre de mi nieto. Respeté tu decisión de no hablar de él y me convencí de que, de algún modo, debía de ser lo mejor. Pero ahora que lo he conocido… –Joan sacudió la cabeza–. No me parece correcto, Sapphie. Me parece un buen hombre. Un hombre responsable.

–Y lo es –admitió ella.

–Entonces, ¿por qué no le das una oportunidad? Hasta os podríais casar.

–¿Y vivir felizmente hasta el final de nuestros días? –ironizó su hija–. Este es el mundo real, mamá, no un cuento de hadas.

–Lo sé, Sapphie. Tengo cincuenta y dos años y he enviudado dos veces. Conozco perfectamente el mundo real.

Sapphie no tuvo más remedio que callarse. Su madre tenía razón. De hecho, sabía mucho más de la vida que ella. Y a pesar de todo lo que le había pasado, no se quejaba nunca de la soledad ni de las desgracias; siempre parecía feliz y siempre se mantenía ocupada con sus partidas de cartas y sus reuniones del club de jardinería.

Pero eso no significaba que no se sintiera sola.

Por lo menos, hasta que Matthew nació. Porque Sapphie sabía que el pequeño había llenado un hueco en el corazón de Joan.

–Lo sé, mamá –insistió–. Es que…

Justo entonces, llamaron a la puerta.

–Ah, debe de ser el cartero… –dijo Joan, que se levantó para abrir–. Estoy esperando un paquete.

Sapphie miró a su madre y se giró hacia el pequeño, que seguía jugando. Matthew lo era todo para ella. Era toda su vida.

Y no estaba dispuesta a arriesgar su felicidad. Por mucho que amara a Rik.

–Tenemos visita, Sapphie..

–¿Visita?

–Sí. Lo he llevado al salón. Te está esperando.

Sapphie se puso tensa.

–¿A mí?

Ni siquiera le preguntó quién era. Por la cara de preocupación de Joan, solo podía ser una persona.

Rik Prince.

–¿Puedes cuidar de Matthew?

–Claro que sí. Pero ya sabes cómo se pone con las visitas.

Sapphie lo sabía muy bien. A su hijo le encantaba la gente y no desaprovechaba la ocasión de darle la lata a cualquiera.

–Bueno, inténtalo de todos modos.

Sapphie respiró hondo y se secó las manos en las perneras del pantalón, porque de repente se le habían cubierto de un sudor frío.

Le parecía asombroso que Rik estuviera en su casa.

Asombroso y desconcertante en muchos sentidos, porque la noche anterior le había hecho creer que estaba enamorada de otro hombre.

Y a pesar de eso, había ido a verla.

Sacó fuerzas de flaqueza, salió de la cocina y entró en el salón. Rik tenía mal aspecto. Parecía cansado y llevaba unas gafas de sol para protegerse los ojos.

–¿A qué vienen esas gafas? Creía que estaba lloviendo.

–Y está lloviendo –Rik se quitó las gafas mientras hablaba–. Sigue mi consejo… nunca mezcles el whisky y la ginebra. Es una combinación letal.

En cualquier otro momento, a Sapphie le habría parecido un comentario gracioso. Pero no entonces, con Matthew a pocos metros de su padre.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres?

–Para empezar, un litro de café solo. Creo que me vendría bien, aunque no puedo asegurar que me despeje.

–Veo que anoche te lo pasaste en grande…

Sapphie se quedó donde estaba. Ni se sentó ni lo invitó a tomar asiento.

–¿En grande? Fue la peor noche de mi vida. Pero supongo que eso es bueno, porque si fue la peor, el resto solo pueden ser mejores…

Rik se detuvo un momento y añadió:

–¿Por qué no me lo habías dicho, Sapphie? ¿Por qué no me dijiste que tienes un hijo?

Sapphie se sentó abruptamente en uno de los sillones del salón. Se había quedado pálida y lo miraba con los ojos casi fuera de las órbitas.

–¿Quién te lo ha contado? ¿Ha sido Dee? Porque si ha sido ella…

Rik sacudió la cabeza.

–No, Dee no me ha dicho nada.

Sapphie soltó un suspiro de alivio. Él se acercó, se puso en cuclillas a su lado y la tomó de la mano con delicadeza.

–Sapphie, ¿no te das cuenta de que el simple hecho de que esté en tu casa demuestra que mi interés por ti es sincero? Te seguiría deseando en cualquier circunstancia; aunque no tuvieras un hijo sino seis.

Rik fue completamente sincero. Había descubierto que quería a Sapphie y estaba dispuesto a afrontar cualquier problema que se le presentara.

Aquella mañana, mientras estaba en la ducha, había comprendido que se tendría que esforzar para ganarse su confianza. A fin de cuentas, como madre de un niño pequeño, era normal que le preocupara la posibilidad de mantener una relación amorosa.

–¿Lo dices en serio? –preguntó ella.

Su respuesta fue tajante.

–Sí.

Nik le había hecho ver que, si quería estar con una madre soltera, tendría que establecer un lazo emocional no solo con ella, sino también con su hijo. Rik le preguntó qué habría hecho él si se hubiera enamorado de una madre soltera y su hermano respondió, sin dudarlo un momento, que le habría pedido el matrimonio.

Rik no pudo estar más de acuerdo. Era justo lo que sentía por

Sapphie. Y no le extrañaba que se hubiera mostrado tan malhumorada con él en esas circunstancias; el truco consistía en ganarse su confianza.

En cuanto a Matthew, no creía que establecer un lazo con una criatura de cuatro años pudiera ser muy difícil. Solo era un niño pequeño.

En ese momento, se oyó una voz procedente de algún lugar de la casa.

–¡Mamá! ¡Mamá!

Sapphie se puso tensa de inmediato.

–Tienes que irte…

La puerta del salón se abrió y un pequeño tornado se abalanzó sobre Sapphie.

–¡Mamá! ¡Quiero que tú me duches! ¡Pero la abuela dice que estás ocupada!

Rik se llevó una sorpresa al verlo. No esperaba que hablara tan bien a su edad, ni que fuera tan grande.

Sapphie se inclinó hacia él y lo abrazó. Rik contempló los rizos negros del pequeño y se encontró ante la mirada curiosa de sus ojos azules.

–Vaya, ya es todo un hombre –dijo a Sapphie.

Rik lo observó con más detenimiento y se quedó pálido.

Matthew era algo más que un niño muy alto; era una réplica exacta de sí mismo a su edad: el mismo pelo negro y rizado, los mismos ojos azules y la misma altura.

Solo había una explicación posible.

Una explicación que confirmó enseguida al calcular el tiempo transcurrido desde aquella noche que había pasado con Sapphie. Cinco años. Si a los cuatro años del pequeño se les sumaban los nueve meses de embarazo y algo más, Matthew tenía que ser su hijo.

Se quedó sin habla. Ni siquiera podía respirar.

El hijo de Sapphie era su hijo.

–Lo siento mucho… –era Joan, que acababa de entrar en el salón–. He intentado detenerlo, pero…

Joan habló con tanta angustia que borró cualquier sombra de duda de Rik. Sabía que era el padre de Matthew. Por eso se mostraba tan preocupada.

–Descuida –dijo su hija–. Tal vez sea lo mejor.

Sapphie miró a Rik, que seguía sin encontrar las fuerzas necesarias

para hablar.

Solo podía mirar al pequeño.

Era un niño encantador. Su niño.

Y se había perdido los cuatro primeros años de su vida.

Se los había perdido por culpa de Sapphie, porque cinco años antes había tomado la decisión de no decírselo.

–Maldita sea, Sapphie… –protestó.

–¡Ese señor habla mal, mamá! ¡Es malo!

–No, no es malo, cariño –le aseguró su madre–. Solo está enfadado.

–¿Enfadado? Eso no alcanza a describir lo que siento.

Rik quería abrazar a su hijo. Necesitaba apretar su pequeño cuerpo contra el suyo y sentir la carne de su carne. Pero no podía. Para Matthew, él no era más que un desconocido que soltaba maldiciones.

–No es el momento más adecuado para hablar de eso, Rik.

Él asintió. Debía refrenar su ira por el bien de Matthew.

–Tienes razón. No lo es.

Aún no podía creer que fuera hijo suyo; pero su parecido con él y la preocupación de Sapphie y de la propia Joan eran concluyentes.

Durante una semana entera, se había dedicado a odiar a un hombre inexistente; un hombre que había resultado ser un niño, Matthew. Un niño por el que ahora sentía tanto amor que habría sido capaz de arrodillarse ante él.

–Tienes razón, Sapphie –continuó–. Este no es momento para hablar. Es momento de que nos veamos las caras en los tribunales.

–No… –dijo Joan.

–¡Rik, por favor! –rogó Sapphie.

–¿Por favor? ¿Cómo te atreves?

Rik tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma. No podían discutir delante del niño; solo serviría para que Matthew se asustara y le odiara.

Pero Sapphie lo había dejado sin opciones. Al negarle a su hijo, solo podía hacer una cosa.

–Tendrás noticias de mis abogados.

–Rik, no…

–Sí.

Rik dedicó una última mirada a Matthew y se dirigió a la puerta.

Antes de salir, miró a Joan con recriminación y pensó que aún no se había dicho la última palabra.

Volvería.
Y muy pronto.

Capítulo 10

SAPPHIE se sintió tan débil que se tuvo que sentar rápidamente en el sofá por miedo a desmayarse.

–Bueno, podría haber sido peor…

–¡Es un hombre malo, mamá! ¡Dice palabrotas!

Joan suspiró.

–Tenía un buen motivo para decir palabrotas, Matthew. Por Dios, Sapphie… ese pobre hombre se debe de sentir fatal.

–Sí, ya lo sé.

Sapphie pensó que ella se habría sentido del mismo modo si hubiera descubierto de repente que tenía un hijo y que le habían ocultado su existencia durante varios años.

–¿Qué puedo hacer, mamá? –se preguntó con desesperación–. Ya has oído lo que ha dicho… ¡Me va a llevar a los tribunales!

Sapphie tenía miedo de que Rik le ganara el juicio. A fin de cuentas, él no había abandonado a nadie. Era la víctima de aquella historia. Una víctima que, para complicar la situación, tenía fama, dinero y una reputación pública impecable.

–No puedes permitir que llegue a los tribunales, Sapphie. Los jueces suelen fallar a favor de las madres, pero en estas circunstancias, y teniendo en cuenta que Rik es un hombre rico, sería demasiado arriesgado.

–¿Esa es tu forma de hacer que me sienta mejor? –protestó Sapphie.

Su madre se le acercó y le acarició un brazo.

–No pretendo agobiarte. No lo pretendo, en serio –contestó Joan–.

Pero he estado mirando a Rik todo el tiempo y me he dado cuenta de que miraba a Matthew con el mismo orgullo y cariño que tú. Quiere a su hijo. Lo sé.

Sapphie asintió. Ella también lo había notado.

Y entre el cariño que sentía por el niño y el odio que en ese momento sentía hacia ella, era prácticamente imposible que renunciara a Matthew.

Sapphie estaba segura de que la Justicia no le retiraría la custodia; probablemente, se limitaría a conceder la custodia compartida. Pero ese no era el problema. Si empezaba una batalla legal con Rik, se odiarían para siempre.

–Tengo que hablar con él.

Sapphie se levantó del sofá.

–Sí, es lo más inteligente.

–Pero no puedo…

–¿Cómo que no? ¡Tienes que hacerlo!

Sapphie sacudió la cabeza.

–No, mamá, me refiero a que no puedo ir a hablar con él… porque no sé dónde se aloja. No me lo ha llegado a decir.

Su madre se quedó pensativa un momento.

–Bueno, seguro que alguien lo sabe…

Sapphie pensó que había una persona que debía de saberlo.

Dee.

En otras circunstancias, jamás se habría rebajado a hablar con su hermanastra para preguntarle por el paradero de su antiguo novio. Pero no tenía elección. Tenía que localizar rápidamente a Rik.

Ya estaba a punto de llamarla cuando cayó en la cuenta de que, si Dee lo sabía, también lo sabría Jerome. Y llamó a su móvil.

–Ah, hola, Sapphie… me pillas de milagro.

Sapphie había olvidado que Jerome y Dee se marchaban aquella tarde a los Estados Unidos.

–Hola, Jerome. ¿Sabes dónde se aloja Rik?

–¿Rik? ¿Por qué lo preguntas?

–Porque necesito encontrarlo.

–Bueno, anoche estaba en este mismo hotel…

–¡Gracias, Jerome! –exclamó ella, aliviada–. Llamaré a recepción para…

–Espera, espera un momento –la interrumpió–, no me has dejado

terminar.

Ella guardó silencio.

–He dicho que anoche estaba en el hotel, pero tengo entendido que se ha marchado a primera hora de la mañana.

Sapphie se sintió derrotada. Obviamente, había salido del hotel para ir a verla a ella; pero no sabía adónde había ido después.

–¿Es muy urgente?

–Eso me temo.

–¿Discutisteis anoche? Ahora que lo pienso, estaba algo deprimido cuando nos encontramos en el vestíbulo.

–No, bueno, es que necesito hablar con él sobre algo importante –declaró Sapphie–. Pero si no sabes dónde está…

–Yo no lo sé, pero sé quién lo sabe.

–¿Quién? –preguntó ella, esperanzada.

–Nik Prince. Y tengo su número de teléfono.

Las esperanzas de Sapphie se enfriaron bastante.

Nik Prince había sido encantador con ella, pero tenía fama de ser un hombre implacable y daba por sentado que se enfadaría mucho cuando supiera lo que le había hecho a su hermano.

Suspiró y dijo:

–Está bien. Si me puedes dar su número de teléfono, te lo agradecería.

–Espera… Dee, cariño, ¿podrías venir un momento a hablar con tu hermana mientras yo busco mi agenda?

Segundos después, Dee se puso al aparato.

–Hola, Sapphie, ¿qué ocurre?

Sapphie se inventó una excusa a toda prisa.

–Nada, nada… es que tengo uno de los botones del esmoquin de Rik. Se le cayó anoche y se lo quería devolver.

Incluso a ella misma le pareció una excusa lamentable. Y por supuesto, su hermanastra no la creyó.

–Eres demasiado evidente, Sapphie. ¿Todavía no has aprendido que no debes perseguir a un hombre de esa forma? Solo conseguirás que pierda interés.

Sapphie estuvo a punto de soltar un comentario sarcástico sobre la forma de pensar de Dee, pero se lo calló. Le parecía mal que una mujer persiguiera a un hombre, pero le encantaba que los hombres la persiguieran a ella.

–Ya te lo explicaré en otro momento, Dee. Tengo que localizar a Rik cuanto antes.

Dee suspiró.

–Está bien. Luego no digas que no te lo advertí.

Sapphie olvidó las palabras y la advertencia de Dee en cuanto Jerome le dio el número de teléfono de Nik.

Tras despedirse de él, se quedó mirando la nota donde lo había apuntado y se preguntó cómo reaccionaría Nik cuando lo llamara por teléfono.

Cabía la posibilidad de que Rik ya le hubiera informado de lo sucedido. Y si no le había informado todavía, lo haría pronto. Y cuando los Prince supieran que tenía un hijo y que ella se lo había ocultado, su reacción sería temible.

–No entiendo nada de lo que dices. ¿Podrías hablar con claridad?

Nik frunció el ceño y miró a su hermano, que dejó de pasear de un lado a otro y se detuvo junto a la chimenea.

Tenía un hijo; un hijo de cuya existencia se acababa de enterar. Y cada vez que pensaba en él, se hundía en la desesperación.

Había llegado a casa de Nik y Jinx unos minutos antes, pero la angustia le impedía pensar y expresarse con claridad. Hasta él mismo se había dado cuenta de que sus palabras no tenían sentido.

–¿Esto tiene algo que ver con lo que te dije ayer sobre Matthew? –continuó Nik.

A Rik le pareció irónico.

No tenía algo que ver. Tenía todo que ver.

–Yo…

–Maldita sea, Rik, si no te explicas de una vez…

El teléfono empezó a sonar y Nik miró el aparato con expresión de disgusto. Jinx se había marchado con su padre y no tenía más remedio que contestar o dejarlo sonar.

–Anda, contesta al teléfono de una vez –dijo Rik–. De todas formas, ahora no tengo cabeza para explicarme.

Aquello era demasiado para él; demasiado penoso.

Sabía que su familia iba a recibir un golpe muy duro cuando supieran lo de Matthew. Rik siempre había sido el solitario, el reservado, el hombre con el que todos podían contar cuando necesitaban apoyo o consejo. Pero ahora, se estaba rompiendo en

pedazos.

Necesitaba a su hijo. Lo necesitaba hasta el punto de que había considerado la posibilidad de tomarlo en brazos y sacarlo a la fuerza de la casa de Sapphie. Se había contenido porque habría sido contraproducente. Solo habría servido para romperles el corazón a Matthew y a su madre y, con toda seguridad, para acabar en comisaría.

Por primera vez en su vida, no sabía qué hacer.

Había amenazado a Sapphie con presentar una demanda, pero no se hacía ilusiones al respecto. Ningún juez le concedería la custodia de un niño al que acababa de conocer. Como mucho, le concedería el derecho a visitarlo o la custodia compartida con Sapphie.

Sapphie.

Tampoco sabía en qué lugar había quedado su relación. Por una parte, deseaba estrangularla por haberle ocultado que tenía un niño; por otra, deseaba cubrirla de besos por haberle dado un niño tan maravilloso.

–¿Cómo dices?

La voz de Nik le devolvió a la realidad. Al final, había contestado al teléfono y estaba hablando con alguien.

–No, eso no será necesario; está aquí, conmigo… No, no creo que tenga intención de ir a ninguna parte. Deberías venir… No, no es ninguna molestia.

Nik añadió la dirección de su casa y concluyó con una frase que dejó helado a su hermano.

–Hasta ahora entonces, Sapphie.

Rik lo miró con asombro.

–¿Qué diablos le has hecho a esa mujer, Rik? Sapphie ha dicho algo así como que quería verte en terreno neutral, pero la he convencido para que venga a casa.

Rik sacudió la cabeza.

–Ahora no te lo puedo contar.

–Está bien, como quieras. En ese caso, iré a preparar café.

El café y la espera posterior no mejoraron el humor de Rik. Su hermano lo trataba como si creyera que se había emborrachado la noche anterior. Y supuso que él habría pensado lo mismo, porque estaba tan confundido que no acertaba a explicarse.

Pero al cabo de un rato, cuando llamaron al timbre, Rik comprendió que tenía que darle una explicación. No podía afrontar ese momento sin

saber nada.

–Nik, dentro de unos momentos vas a oír algo que te va a sorprender.

–¿A sorprender?

Él asintió e intentó encontrar las palabras adecuadas. Pero fracasó y se decidió por la opción más directa.

–Matthew es mi hijo, Nik.

Nik le dedicó una mirada de incomprensión y desconcierto.

–¿Tu hijo?

Rik asintió otra vez. Y se quedó callado cuando su hermano se levantó a abrir la puerta y llevó a Sapphie al salón, donde se sentó.

Estaba muy pálida.

–¿Queréis que me vaya? ¿O que me quede?

–Quédate –contestó Sapphie.

–Vete –contestó Rik.

Nik sonrió y los miró con humor.

–Como no hay un término medio para lo que me estáis pidiendo, tendré que ser un caballero y hacer lo que me pide la dama. Me quedaré.

Rik y Sapphie se quedaron en silencio. Y el ambiente se cargó de tensión hasta que ella, incapaz de soportarlo, empezó a hablar.

–Rik, no tenías ningún derecho a presentarte en mi casa esta mañana y…

–¡Tenía todo el derecho del mundo! –exclamó él–. ¿Cómo es posible que no me lo dijeras? ¡Cinco años, Sapphie! ¡Han pasado cinco años desde entonces!

–¿Y cómo te lo podía decir, cuando la única persona que conocía tu paradero era Dee? –se defendió ella–. Esta mañana he tenido el mismo problema. Tuve que pedirle a Jerome que me diera el número de teléfono de tu hermano.

–Lo cual demuestra la debilidad de tu excusa. Si hoy has podido hablar con Jerome, también podrías haber hablado con él hace cinco años. No mientas, Sapphie; no me lo dijiste porque no quisiste decírmelo.

–¡Pero Dee se habría enterado!

–¿Y qué?

–¡Que es la mujer de la que estás enamorado!

Rik la miró con exasperación.

–¡Yo no estoy enamorado de Dee!

–¡Pero lo estabas hace cinco años!

–Sí, claro, y también creía en Papá Noel cuando era un niño –alegó él–. Pero eso no significa que siga creyendo.

–Muy gracioso… –a Sapphie le brillaron los ojos de rabia–. Y dime, ¿también tendría que haberle dicho a mi hermana que quería ponerme en contacto contigo porque estaba esperando un hijo tuyo?

–¡Al menos habría sido un paso en la dirección correcta!

Ella respiró hondo.

–No deberías haberme amenazado esta mañana…

–¿Y qué querías que hiciera? ¿Darte una palmadita en la espalda y decirte lo lista que has sido? –ironizó él.

El poco color que quedaba en las mejillas de Sapphie desapareció de repente.

–Lucharé contra ti, Rik. Si me obligas, lucharé. No voy a permitir que me arrebaten a Matthew –le amenazó.

Rik bajó la voz para intentar ser razonable.

–Sapphie, estoy seguro de que podemos discutirlo tranquilamente y llegar a un acuerdo sin necesidad de acabar en un juicio.

–Un juicio con el que tú me has amenazado –le recordó Sapphie.

–Un juicio que nos podemos evitar.

–Mira, Rik… no quiero que Matthew termine yendo y viniendo de Inglaterra a los Estados Unidos, como una pelota de ping pong.

–¿Sabes una cosa? Hemos llegado a un punto donde lo que tú quieras o dejes de querer no es relevante. Matthew necesita un padre. Y resulta que lo tiene.

–¡Un padre al que ni siquiera conoce!

–¿Y de quién es la culpa de eso?

Nik decidió intervenir. Se levantó, apretó los dientes y dijo:

–¡Basta ya!

Sapphie y Rik se giraron hacia él.

–¿Podríais hacerme el favor de tranquilizaros un poco? Os estáis portando como un par de niños malcriados.

Rik pensó que su hermano tenía razón. Se estaban portando como niños en lugar de hacerlo como personas adultas.

Pero eso no podía ser. El bienestar de Matthew era lo único que importaba.

–¿Tienes una fotografía del niño, Sapphie? –preguntó Nik.

–Sí, claro…

Sapphie sacó la cartera que llevaba en el bolso, buscó la fotografía y se la dio.

Rik estuvo a punto de extender un brazo para arrebatarle la foto a su hermano, pero Nik le lanzó una mirada de advertencia y lo detuvo en seco.

–Vaya, es un niño muy guapo… Es igual que mi hermano cuando tenía su edad. ¡Lástima que Rik se haya convertido en un idiota!

–Oye, Nik…

Rik no terminó la frase porque Sapphie soltó una risita que lo interrumpió. Pero Nik la miró con tanta dureza que se puso seria al instante.

–Así está mejor. Y ahora, escuchadme un momento… No me he quedado aquí por gusto; me he quedado porque Sapphie me lo ha pedido. Y sinceramente, me alegro mucho. Si no estuviera presente, seríais capaces de destrozaros el uno al otro.

Rik se dijo que, una vez más, Nik estaba en lo cierto. Estaban tan enfadados que solo podían hacerse daño.

–Os he escuchado a los dos y creo comprender de dónde procede vuestra decepción y vuestro dolor –siguió hablando Nik–. Pero, a decir verdad, es un problema con una solución verdaderamente sencilla.

Rik sonrió con amargura.

–¿Ah, sí? ¿Y qué propones, hermano? ¿Sacar un cuchillo de la cocina y amenazar con partir en dos a Matthew para ver quién de nosotros lo quiere más?

–Deja de decir tonterías, Rik. La identidad de la persona que lo quiere más está fuera de toda duda.

–¿Y quién es?

–Sapphie, por supuesto. La persona que lo llevó en su vientre, que le dio a luz y que lo ha amado y cuidado durante cuatro años.

–¿Cómo puedes decir que…?

–¡No me interrumpas! Ya tendrás ocasión de hablar. Ahora es mi turno.

–Está bien.

Nik tomó aire y dijo:

–Tengo una sugerencia que hacer. Pero solo es una sugerencia, ¿de acuerdo?

Los dos asintieron.

–Desde mi punto de vista, la solución al problema está al alcance de vuestra mano. Una solución que os evitaría todas las complicaciones, empezando por los abogados, siguiendo por el juicio y terminando por la necesidad de que el niño tenga que viajar constantemente, de un país a otro, para que sus padres puedan…

–¿Podrías hacernos el favor de ir al grano? –protestó Rik.

Nik le lanzó otra mirada gélida.

–Muy bien, iré al grano. ¿Sabéis cuál es la mejor solución para este lío? Que Sapphie y tú os caséis.

Capítulo 11

SAPPHIE y Rik se quedaron sin habla.

–Y dicho esto –continuó Nik–, os dejo a solas para que lo podáis discutir.

Sapphie estaba tan sorprendida que ni siquiera oyó la puerta del salón cuando Nik salió y la cerró.

Casarse con Rik.

Casarse por el bien de Matthew, para que tuviera la estabilidad emocional que no podría tener de otro modo.

Casarse para ahorrarse una guerra en los tribunales.

Pero eso era precisamente lo que había intentado evitar cinco años atrás. Por eso lo había mantenido en secreto; porque sabía que Rik insistiría en casarse con ella y no quería un matrimonio forzado.

Ahora, sin embargo, parecía la solución más lógica y razonable. Hasta su propia madre se lo había sugerido.

Miró a Rik y pensó en sus sentimientos. Le había dicho que la deseaba. Y por su parte, estaba enamorada de él. Pero dudaba que el deseo o la querencia de Rik fueran suficientes para formar una familia.

Aunque su amor por Matthew se mantuviera siempre, su deseo por ella se apagaría en algún momento.

–Es una idea ridícula –dijo al final.

Después, se levantó del sofá y caminó hasta la ventana del salón para alejarse de él tanto como le fuera posible.

–¿Tú crees?

–Sí.

–Pues yo no lo tengo tan claro.

Sapphie estaba tan inmersa en sus pensamientos que no notó que Rik se había levantado y que se encontraba a unos centímetros de distancia; tan cerca de ella que sintió el calor y la atracción de su cuerpo.

Pero su deseo seguía sin ser suficiente.

Y no lo sería nunca.

Apretó los dientes y cerró los puños para resistirse a la necesidad de darse la vuelta y arrojarse a sus brazos.

–Es absolutamente ridículo –insistió–. No funcionaría.

Rik le puso las manos en los hombros.

–Hace cinco años, funcionó.

Sapphie se dijo que su afirmación solo era cierta si se refería a la pasión que los había dominado en el breve espacio de una noche.

Hicieron el amor tantas veces que, al final, perdió el sentido de las cosas y tuvo la sensación de que los labios y las manos de Rik eran lo único que existía.

Ahora, al recordarlo, le resultaba increíble que su hijo fuera la consecuencia. Y durante unos momentos, se dejó llevar por el sueño de lo que habría podido ocurrir si hubieran seguido juntos. Quizás habrían tenido más niños. Hermanos y hermanas para Matthew.

Pero no quería pensar en eso.

–Tú estás hablando de sexo, Rik. ¿Y qué quedaría después, en el caso de que todavía nos deseemos?

–¿Afecto y respeto?

Ella sacudió la cabeza y se giró para mirarlo a la cara; pero lamentó haberlo hecho, porque se encontró tan cerca de la boca de Rik que la necesidad de probar sus labios se volvió abrumadora.

No podía negar que estaba enamorada de él. De un hombre que era un peligro para la seguridad de su familia.

Contuvo la respiración y la falta repentina de oxígeno causó que se sintiera más mareada. Aquello no iba a funcionar; no podía funcionar. Por muchas veces que Rik la besara, en un esfuerzo por demostrarle lo contrario.

Intentó apartarse, pero él la agarró de los brazos y escudriñó sus ojos.

Sapphie esperó que dijera algo que la convenciera, aunque estaba segura de que no podía decir nada en ese sentido.

–Muy bien, Sapphie –Rik asintió y suspiró, frustrado–. Tal vez deberíamos olvidarnos de nuestra relación y concentrarnos en Matthew.

Ella se le quedó mirando, sin palabras.

–¿Me concederás al menos la posibilidad de conocerle? ¿Le concederás al menos la posibilidad de que me conozca?

Sapphie pensó que no tenía forma de impedirlo. Si Rik quería, nadie lo podría evitar. Pero tuvo que reconocer que estaba haciendo un esfuerzo; en lugar de imponerle una situación, intentaba ponerse de acuerdo con ella.

–¿Conocerte? ¿En calidad de qué?

–De padre.

Ella sacudió la cabeza.

–Solo serviría para confundirlo.

Rik apretó los dientes.

–Entonces, que por lo menos me conozca lo suficiente como para saber que no soy una mala persona.

Sapphie pensó que no era pedir mucho. Rik no era ni había sido nunca una mala persona. Matthew se daría cuenta en cuanto pasara un rato con él.

–Sí, supongo que eso es posible.

Rik la soltó.

–En ese caso, podemos empezar por ahí. Y cuando hayamos convencido a Matthew de que no soy el monstruo que ahora cree, quizás pueda convencerte a ti de que no soy tan malo como piensas.

Sapphie se dijo que estaba profundamente equivocado. Su opinión sobre Rik no podía ser mejor. Estaba enamorada de él.

Pero también estaba segura de que el matrimonio no era la forma de solucionar su problema. No se podía casar con un hombre que no la amaba. Ni siquiera por el bien de Matthew. Porque un matrimonio sin amor, la destruiría.

Rik observó el rostro inmensamente bello de Sapphie, en el que se dibujaban emociones encontradas.

Lamentaba que tuviera que sufrir aquel infierno. En ese momento le pareció tan pequeña e indefensa que supo que no se podía aprovechar de su debilidad. No cuando su propio hijo era la causa de esa debilidad.

Ya lo había pasado bastante mal; había tenido a su hijo en soledad

y lo había sacado adelante sin más ayuda que la de Joan. Incluso a pesar de haber perdido su empleo en pleno embarazo, cuando Dee la obligó a dejar de trabajar con Jerome.

Justo entonces, se dio cuenta de que ya no estaba enfadado con ella. Su enfado se había transformado en admiración; y de haber podido, le habría hecho el amor para demostrarle su afecto con sus manos y con sus labios.

Un afecto cuyo alcance, por fin, comprendió.

Se había enamorado de ella. Ahora lo veía con claridad. Estaba total y absolutamente enamorado de Sapphie Benedict.

Pero entre tanto, ella lo miraba con aprensión.

Como lo había hecho en París y como lo estaba haciendo en ese mismo instante. Y Rik no lo podía soportar. Tenía que convencerla de que él no era una amenaza para la seguridad de su hijo.

–Por favor, no te preocupes por mí, Sapphie.

–¿Que no me preocupe? –dijo ella con ironía–. ¿Cómo no me voy a preocupar?

–Iremos paso a paso, con calma… y veremos adónde nos lleva el camino. Todo saldrá bien –le aseguró.

–Si tú lo dices…

–Sí, yo lo digo. Pero ¿qué te parece si te llevo a casa, con Matthew? Seguro que quieres volver…

Lentamente, Rik empezaba a comprender la actitud de Sapphie durante los días anteriores. Solo estaba angustiada por el bienestar del pequeño. Y él, que no sabía nada al respecto, había llegado a acusarla de tenderle una trampa cinco años antes porque su madre y ella estaban supuestamente empeñadas en que Dee se casara con Jerome.

Había sido un estúpido.

Y aunque seguía sin saber por qué se había acostado con él aquella noche, tenía la seguridad de que no lo había hecho con mala intención.

Nik estaba en lo cierto. Sapphie era una mujer maravillosa, en todos los sentidos de la palabra. Una mujer cuyo amor merecía la pena.

Pero conquistar su amor iba a ser difícil. Tendría que esforzarse a fondo.

–Sí, me gustaría volver a casa, pero no es necesario que me lleves. He venido en taxi y me puedo marchar del mismo modo.

Rik insistió.

–Claro que es necesario que te lleve. Teniendo en cuenta las

circunstancias, es lo menos que puedo hacer… Además, no quiero quedarme a solas con Nik. Mi hermano puede llegar a ser temible.

Sapphie sonrió.

–Sí, ¿verdad?

–Bueno, tampoco es para tanto… –Rik le devolvió la sonrisa–. Debajo de toda su arrogancia no hay más que un montón de azúcar.

Sapphie no pareció muy convencida. Y seguía tan pálida que dio un paso hacia ella con intención de tomarla entre sus brazos.

Sin embargo, se contuvo. Sabía que se habría asustado, de manera que se limitó a alzar una mano para acariciarle suavemente la mejilla.

–Lamento haberme enfadado contigo, Sapphie.

Es que… me llevé tal sorpresa al saber que Matthew era mi hijo…

Ella asintió sin decir nada.

–Pero, a pesar de ello, no tenía derecho a tratarte tan mal.

Sapphie lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

–Rik, no te empeñes en demostrar que no eres mala persona. Lo sé. Nunca he pensado que lo fueras.

Él deslizó la mano hacia su cabello y le apartó un mechón de la cara.

–Pero estaba equivocado con unas cuantas cosas, ¿verdad?

–Sí, estabas equivocado –respondió ella–. ¿Qué hacemos? ¿Avisamos a Nik para que sepa que nos vamos? ¿O nos marchamos sin más?

–Bueno, supongo que deberíamos avisarle; más que nada, porque tengo que pedirle que nos preste su coche… Espérame aquí. Y si oyes un grito y un sonido seco, será porque me ha pegado un tiro.

Sapphie volvió a sonreír.

No fue una gran sonrisa, pero Rik pensó que era un principio.

Y mientras caminaba hacia el despacho de su hermano, se dijo que no había exagerado tanto con la posible reacción de Nik. Evidentemente, nunca le pegaría un tiro; pero había sido campeón de boxeo en la universidad.

Al final, Nik no le dijo nada. Se limitó a darle las llaves del coche y a mirarlo con una severidad mil veces peor que el peor de los puñetazos. A fin de cuentas, se tomaba muy en serio su papel de cabeza de familia de los Prince.

Y al fin y al cabo, Matthew era un Prince.

–¿Ni siquiera te ha puesto un ojo morado? –preguntó Sapphie

cuando Rik volvió al salón de la casa.

–Pareces decepcionada…

Ella lo miró con humor.

–No, pero ten cuidado la próxima vez que lo veas. Puede que esté esperando el momento adecuado.

–Sí, es posible. Y será cuando menos me lo espere…

Pero, cambiando de tema, hay algo que no entiendo.

–¿De qué se trata?

–¿Por qué no te marchaste de París cuando nos encontramos?

–Porque no podía. Necesitaba estar presente para impedir que Dee o Jerome te dijeran algo sobre Matthew.

–Ah, comprendo…

Rik pensó una vez más que había sido injusto con aquella mujer. No había entendido sus razones y la había malinterpretado constantemente.

Pero ahora las entendía. Y solo quería abrazarla, amarla y cuidar de ella. Algo que Sapphie estaba lejos de permitir.

–Discúlpame, Sapphie.

Ella lo miró con extrañeza.

–¿Que te disculpe? ¿Por qué?

–Por todo.

–Yo también siento lo que ha pasado, Rik. Los dos hemos cometido errores. Pero no podemos cambiar el pasado; solo podemos cambiar el futuro.

Rik se sintió algo mejor. No tenía lo que quería y cabía la posibilidad de que no lo tuviera nunca, pero habían establecido una tregua y estaba decidido a aprovecharla.

Pasara lo que pasara, estaría con ella y con Matthew.

No podía imaginarse que unos segundos más tarde, cuando llegaran a casa de Sapphie, se encontrarían con un problema nuevo.

Capítulo 12

DEE?

Sapphie se llevó una gran sorpresa al salir del coche. Su hermanastra estaba en el jardín de la casa y los miraba con ira.

–¿Qué haces aquí? –continuó–. Creía haber entendido que Jerome y tú os marchabais esta tarde a los Estados Unidos.

–Y lo habías entendido bien.

–Entonces, ¿por qué… ?

Dee se plantó ante Rik con la ferocidad de una amazona.

–¿Quién te has creído que eres? ¿Cómo te atreves a presentarte en casa de mi hermana y amenazarla?

La sorpresa inicial de Sapphie se transformó en absoluta incredulidad. Por primera vez en su vida, Dee había salido en su defensa. Y, en esas circunstancias, resultaba aún más desconcertante. Si le hubieran preguntado, Sapphie habría apostado cualquier cosa a que Dee defendería a Rik y la atacaría a ella.

–Me quedé preocupada cuando hablamos por teléfono –siguió Dee–, así que llamé a tu casa y hablé con mamá. Me dijo lo que pasó esta mañana y por qué tenías tanta prisa por encontrar a este individuo.

–Dee…

–Escúchame bien, Rik. Sé que tu familia es muy poderosa, pero por muy poderosa que sea, te aseguro que…

–¡Dee… !

–No, Sapphie, déjame hablar –insistió su hermanastra–. Ten cuidado con lo que haces, Rik. Te aseguro que puedo llegar a ser muy

mal enemigo cuando alguien amenaza a mi familia… Y Jerome también lo puede ser.

Sapphie la miró con alarma.

–¿Jerome? ¿Está aquí?

Dee sacudió la cabeza.

–No, le convencí para que me dejara venir sola.

Sapphie suspiró.

–Pero vendrá enseguida si lo llamo por teléfono. No te hagas ilusiones, Rik; no te vas a llevar a Matthew.

Dee se había puesto tan vehemente que no les dio ocasión de meter baza.

–Dudo que un juez falle a favor de un hombre que se ha portado tan mal con la madre de su hijo. Por la edad de Matthew, ya me había imaginado que su padre debía de ser una de las personas que asistieron a mi boda… ¡pero nunca me habría imaginado que fueras tú, precisamente tú! –exclamó, roja como un tomate.

Sapphie decidió poner fin a la discusión. Como la tarde era cálida, varios vecinos estaban descansando en sus jardines y contemplaban la escena con sumo interés.

–Dee, ¿no te parece que deberíamos discutirlo dentro?

–Sí, puede que sea mejor. Adelante, Rik… te sigo.

Rik miró a Sapphie con humor; el cambio que se había producido en Dee le parecía tan divertido y desconcertante como a ella. Sobre todo porque, por una vez, Dee estaba verdaderamente enfadada.

No se comportaba así con intención de impresionar a su público. Le preocupaba el bienestar de Sapphie y de su sobrino.

Cuando entraron en la casa, Sapphie y Rik se dieron cuenta de que Joan y Matthew se habían marchado. Dee les explicó la razón.

–Mamá y el niño se han ido a comprar unos dulces. Nos ha parecido lo más adecuado en estas circunstancias.

–Has hecho bien –dijo Sapphie.

–Pero volviendo a lo que estábamos hablando, ¿cómo te atreves a presentarte en casa de mi hermana y a reclamar a tu hijo de repente, Rik? ¡Han pasado muchos años! ¡No tienes ningún derecho!

Sapphie comprendía y hasta cierto punto compartía la indignación de su hermanastra, pero habría dado cualquier cosa por saber qué había pasado para que cambiara de actitud hasta el punto de salir en su defensa. Lo del niño no le parecía suficiente. Al fin y al cabo, Dee

nunca había salido en defensa de nadie que no fuera ella misma.

Sin embargo, pensó que se iba a quedar con las ganas de saberlo.

–Ser padre es algo más que dejar embarazada a una mujer –continuó Dee.

Rik se mantuvo en silencio. Y Sapphie se preguntó si su silencio se debía a que estaba tan asombrado como ella o, simplemente, a que la nueva Dee le parecía admirable.

–Olvídalo, Dee. No creo que…

–Deja que termine, Sapphie –intervino Rik, que la tomó de la mano.

–¡No toques a mi hermana! –protestó Dee–. ¡Un hombre no se convierte en padre por el simple hecho de ver a su hijo una vez!

–Lo sé, lo sé…

–No, no lo sabes. ¡La paternidad comienza en el embarazo! Es levantarse a primera hora de la mañana porque tu esposa tiene náuseas… Es lavarle la cara antes de ayudarla a volver a la cama. Es soportarla cuando está de mal humor. Es tomarla de la mano cuando le hacen una ecografía y se ve el cuerpo del niño en la pantalla del ordenador. Es llorar con ella al recibir los informes del médico y…

Sapphie empezó a entender su actitud.

–¿Dee? ¿Qué ha pasado?

Su hermanastra empezó a llorar.

–¿Es que has perdido el niño?

–No, no…

–¿Entonces?

–Hoy mismo nos han dicho que voy a tener mellizos –contestó entre lágrimas–. Y aunque falta mucho para que tenga el placer de sostenerlos en mis brazos, ya sé que si alguien intentara quitármelos, lucharía con todas mis fuerzas contra esa persona.

Dee se giró nuevamente hacia su antiguo novio.

–Te lo advierto, Rik. Ayudaré a Sapphie en este asunto. Es su hijo, no el tuyo; Matthew ni siquiera te conoce.

–En eso te equivocas. Ya sabe que soy el malo de la película –ironizó Rik.

Sapphie se sintió como si le hubieran clavado un puñal en el corazón. Sabía que el comentario de Matthew debía de haber sido muy doloroso para Rik. Pero el pequeño no lo había dicho en serio; simplemente, había reaccionado en defensa de su madre contra un

desconocido que parecía enfadado con ella.

–No te preocupes por eso, Rik –dijo para intentar tranquilizarlo–. Hablaré con él y le haré entender que…

–¿Cómo podría entender esto? Dee, todo lo que has dicho sobre mí es verdad; salvo una cosa… que nunca separaría a Matthew de su madre.

–Por supuesto que lo harías.

–No, Dee. Ni siquiera lo intentaré.

–Ah…

Sapphie se quedó tan sorprendida como su hermana. Ya habían decretado un alto el fuego de las hostilidades, pero nunca habría creído que Rik estuviera dispuesto a llegar tan lejos. Quizás lo había hecho porque no quería hacerles daño ni al niño ni a ella. O quizás, por las cosas que Dee le acababa de decir.

–Pero mi madre ha dicho… –Dee frunció el ceño.

–Tu madre habrá pensado que esa era mi intención cuando me fui esta mañana de su casa. Pero la situación ha cambiado desde entonces –comentó él–. Aunque será mejor que sea Sapphie quien te lo explique.

Rik se llevó la mano a la cartera y sacó una tarjeta.

–Aquí tienes mi número de teléfono, Sapphie. Me puedes llamar en cualquier momento, del día o de la noche, cuando hayas decidido si puedo volver a ver a Matthew. Pero espero que me llames… y que me llames pronto.

Rik le dio la tarjeta, salió de la casa y cerró la puerta con suavidad.

Sapphie se quedó preocupada por él y por el problema que tenían, que distaba de haberse solucionado. Pero la voz de Dee interrumpió sus pensamientos y los llevó en una dirección diferente.

–¿Habrá sido por algo de lo que he dicho? –No tengo ni idea. ¡Pero has estado magnífica!

Sapphie abrazó con fuerza a su hermana.

–Gracias… Aunque me has asustado un poco.

Dee se sentó en uno de los sillones. Obviamente, estaba más alterada por su enfrentamiento con Rik de lo que parecía.

–Espero que nunca se dé cuenta de que parte de lo que he dicho es un diálogo de una película que rodé hace dos años…

Sapphie la miró con sorpresa.

–No será la parte de los mellizos…

–Oh, no, eso es verdad. Cancelamos el vuelo cuando el médico nos

llamó para darnos la buena noticia. Esta noche vamos a salir a cenar para celebrarlo… ¡No te puedes imaginar lo contenta que está mamá!

–Y yo –dijo Sapphie, aliviada.

La expresión de Dee cambió de repente y se volvió triste.

–No he sido muy buena hermana, ¿verdad?

–Vamos, Dee…

–No, no lo he sido –insistió–. Y supongo que no puedo cambiar de la noche a la mañana… pero lo intentaré. Ni siquiera te voy a preguntar cómo os conocisteis Rik y tú.

–Mejor que no me lo preguntes.

Dee sonrió.

–Es extraño, ¿sabes? Los gemelos están aquí mismo, dentro de mi cuerpo, y ya me siento diferente… Me imagino que seré una madre espantosa; pero ahora mismo soy tan feliz que me siento con fuerzas para comerme el mundo.

Sapphie conocía muy bien esa sensación. Y pensó que no se le pasaría del todo hasta que diera a luz.

Desgraciadamente, también pensó que no la volvería a sentir nunca. Rik había mirado a Dee con tanta admiración durante su enfrentamiento que, sin querer, reavivó los viejos temores de Sapphie.

Si estaba enamorado de su hermana, jamás lo estaría de ella.

–¿Se puede saber qué te ha pasado? ¿Te has cortado al afeitarte? ¿O has intentado rebanarte el cuello?

Rik miró a su hermano en el espejo mientras se ponía un trocito de papel en el corte que se había hecho en la garganta.

–Aunque, por mí, puedes hacer lo que quieras. –Nik se apoyó en el marco de la puerta–. Ya te cansarás de flagelarte.

–Cállate ya, Nik.

Su hermano sonrió.

–Por cierto, ¿no crees que has exagerado un poco con lo de la ropa? No vas a una fiesta de la realeza… Vas a salir a tomar una pizza con Sapphie y Matthew.

Rik pensó que Nik tenía razón. Su cama estaba llena de ropa porque no sabía qué ponerse. Y cuando por fin se había decidido por unos vaqueros y una camisa blanca, se cortó al afeitarse y manchó la camisa.

Nik y Jinx habían tenido la amabilidad de invitarlo a quedarse en su

casa hasta que solucionara sus problemas con Sapphie y el pequeño; pero ya empezaba a pensar que se cansarían de él cuando Sapphie llamó por teléfono para invitarlo a tomar una pizza. Habían pasado cuatro días desde su última conversación.

–Es que esto es importante, Nik.. –dijo Rik, frustrado–. Te lo explicaría con mucho gusto, pero no encuentro las palabras.

–No tienes que explicarme nada.

–Excelente.

–Sin embargo, ¿no has considerado la posibilidad de tomar un atajo con Sapphie?

Rik lo miró con incertidumbre.

–Ya te he dicho que Sapphie se niega a casarse.

Su hermano sacudió la cabeza.

–No, no me refiero a eso. Comprendo que se haya negado en estas circunstancias.

–Entonces, ¿a qué te refieres?

–¿Le has confesado que estás enamorado de ella? Quizás deberías decírselo antes de pedirle otra vez que se case contigo.

Rik no le había dicho nada. Y no se lo había dicho porque tenía miedo de que Sapphie lo rechazara.

A fin de cuentas, había llevado mal todo el asunto desde el principio. No había sabido apreciar lo que tenía cuando la conoció, y ahora estaba decidido a tener paciencia y a jugar con las normas de Sapphie.

Empezando por la cena de esa noche.

El restaurante que Sapphie había elegido estaba a pocas manzanas de su casa; pero Rik estaba tan ansioso por verlos que salió con tiempo de sobra y se presentó quince minutos antes de la hora.

Ya estaba sentado, tomando un té frío, cuando Sapphie y Matthew entraron en el establecimiento. Al verlos, se le hizo un nudo en la garganta. Sapphie llevaba al niño de la mano y los dos se reían.

Rik sintió el deseo de acercarse, tomarlos en sus brazos y llevarlos a algún lugar donde les pudiera demostrar lo mucho que los quería.

Pero sabía que no les habría gustado, de modo que se contuvo.

–Hola –los saludó.

Rik se puso en pie sin saber si debía dar un beso a Sapphie y estrecharle la mano a Matthew o viceversa.

–Hola, Rik… –dijo Sapphie, que miró rápidamente a su hijo–. ¿No

vas a decir nada, Matthew? Ya te he dicho que Rik es tu padre…

Rik se quedó sin aliento.

No esperaba que Sapphie se lo dijera. No lo esperaba en absoluto. Se había imaginado que lo presentaría sencillamente como Rik y que el pequeño lo trataría como a un conocido más de su madre.

–Hola, papá.

La sonrisa de Matthew le llegó al corazón.

–Hola, Matthew…

Sapphie se puso algo tensa. Intentaba aparentar tranquilidad, pero era evidente que también estaba nerviosa.

–He pensado mucho en lo que hablamos –explicó–. Y he llegado a la conclusión de que Matthew tenía derecho a saberlo.

Rik asintió.

–Gracias, Sapphie.

Cuando ya se habían sentado, Rik añadió:

–¿Cuál es tu pizza preferida, Matthew?

Quizás no era la forma más inteligente de empezar una conversación, pero a Rik no se le ocurrió otra cosa. Y funcionó, porque el niño contestó a su pregunta y le dio todo tipo de explicaciones al respecto.

Minutos después, cuando ya habían empezado a cenar, Matthew preguntó:

–¿Qué te ha pasado en el cuello?

Rik se maldijo en silencio. Había olvidado que se había puesto un papel para cortar la hemorragia. Evidentemente, Sapphie no había dicho nada porque no le había parecido elegante. Y Nik se lo habría callado porque al muy canalla le habría parecido divertido que saliera de casa con él.

–Nada importante. Me estaba afeitando y me he cortado.

Nik se quitó rápidamente el papel y miró a Sapphie. Aquella noche estaba preciosa. Se había recogido el pelo en una coleta y se había puesto una camiseta blanca y unos vaqueros muy ajustados.

–Si te dejaras la barba, no te tendrías que afeitar –observó el pequeño–. ¿Sabes que el tío Brian tiene barba?

Rik frunció el ceño y se preguntó quién diablos era el tío Brian. Hasta donde él sabía, el único tío de Matthew era Jerome.

Pero ya lo averiguaría más tarde.

–Se refiere a Brian Glover –explicó Sapphie.

–¿Brian Glover?

–Sí, mi agente literario.

Rik no se quedó tranquilo. Que fuera su agente literario, no significaba que no hubiera algo entre ellos.

–Matthew me acompaña a veces, cuando voy a verlo –explicó ella al notar su tensión–. No te preocupes por él… Es abuelo. Tiene cuatro nietos.

Él se sintió más aliviado que en toda su vida. Aunque a decir verdad, no tenía motivos para desconfiar de ella. Sapphie le había asegurado que no estaba con nadie y la creía. Nunca había sido una mentirosa como su hermana.

Pero hasta eso había cambiado.

Aún estaba sorprendido con Dee por su forma de defender a Sapphie. Solo esperaba que su cambio fuera duradero y que se empezara a preocupar por algo más que ella misma.

Sin embargo, eso era asunto suyo. Suyo y de Jerome.

–Ah… –acertó a decir.

Rik habría dado cualquier cosa para que la velada no terminara nunca, pero sabía que duraría poco. De hecho, habían quedado pronto a cenar porque Sapphie tenía que acostar al niño a una hora razonable.

Y el final se acercaba.

–¿Queréis postre? –preguntó cuando terminaron de comer–. ¿Qué me dices, colega? ¿Te apetece un helado o un trozo de tarta?

–Un trozo de tarta de chocolate, por favor –contestó el pequeño, sonriendo.

Rik pensó que Matthew era físicamente igual que él, pero que en todo lo demás era igual que su madre. Empezando por aquella maravillosa sonrisa.

–¿Y tú, Sapphie?

Su voz sonó tan baja y cargada de emoción que al propio Rik le sorprendió que Sapphie lo hubiera entendido.

–No, yo no tomaré nada… Suelo tener bastante con los restos que deja Matthew –declaró con humor.

Sapphie ya le había dicho que Matthew y ella iban a menudo a aquel local. Rik se sentía honrado de que lo hubieran invitado, porque era todo un avance en su relación. Pero habría preferido que las cosas fueran más deprisa.

Cuando terminaron con el postre, Rik y ella discutieron unos

segundos sobre quién debía pagar la cuenta de la cena. Al final, ganó Rik. Y mientras él dejaba los billetes en el platillo, Sapphie le preguntó:

–¿Quieres tomar café en mi casa?

Rik la miró con curiosidad.

Tampoco esperaba que le ofreciera volver a su casa. Al fin y al cabo, todo aquello debía de ser tan difícil para ella como para él.

Pero, en cualquier caso, sabía que nunca se lo habría ofrecido si no hubiera pensado que era bueno para el niño. Así que hizo lo único que podía hacer, aceptar.

–Me encantaría.

Entonces, alcanzó un par de caramelos de los que estaban en el platillo de la cuenta, y se los dio a Matthew.

–Toma, son para ti.

El niño dudó y miró a su madre.

–¿Puedo, mamá?

Rik se sintió decepcionado; seguramente, el niño reaccionaba de esa forma porque Sapphie le habría ordenado que no aceptara regalos de personas desconocidas. Y por mucho que le doliera, él era exactamente eso para Matthew.

Un desconocido.

–Por supuesto que puedes.

–¡Yupi! –exclamó Matthew–. ¡Gracias!

Sapphie tocó a Rik en el brazo y dijo algo que eliminó inmediatamente su sentimiento de decepción:

–Matthew sabe que no puede tomar caramelos de noche. Hoy haré una excepción, pero se lo tengo prohibido.

En ese momento, Rik se sintió un hombre feliz. Y también el más sorprendido, porque él, que estaba dispuesto a entregarle el mundo entero a aquel pequeño, no se había imaginado que un caramelo bastaba para contentarlo.

Durante el camino de vuelta, decidió disculparse con Sapphie.

–Siento lo del caramelo –se excusó–. No sabía nada… Tendrás que ayudarme un poco con las normas.

Sapphie sacudió la cabeza.

–No tiene importancia.

De repente, ella se llevó las manos al pelo y se soltó la coleta.

Rik se quedó sin aliento por enésima vez. Deseó besarla, abrazarla

y acariciarle el cabello. Lo había estado deseando toda la noche, durante toda la cena. Se habían sentado tan juntos que no podía pensar en otra cosa.

Y tampoco podía en ese momento.

Pero todo cambió cuando Matthew empezó a toser en el asiento trasero del coche.

Capítulo 13

PARA el coche! –exclamó Sapphie al ver que Matthew se había puesto azul–. ¡Rik, por favor, para el… !

No tuvo que terminar la frase. Rik reaccionó tan deprisa que ya había parado el vehículo y entrado en la parte de atrás.

–¿Se encuentra bien?

Rik sacó al niño, le pasó un brazo por detrás y apretó con un golpe seco. Matthew escupió un objeto de color naranja y empezó a llorar, desconsolado.

Sapphie lo abrazó entre lágrimas.

–¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío… !

–Ha sido ese maldito caramelo –explicó Rik entre dientes–. Supongo que tu madre tiene razón al prohibirte que los tomes de noche, ¿verdad, Matthew?

Sapphie se dio cuenta de que Rik estaba tan asustado como ella, aunque lo disimulaba para tranquilizar al pequeño.

–Ya ha pasado, cariño…

–¡No podía respirar!

–Hay que ver lo que puede pasar con un simple caramelo… Creo que será mejor que me siente con él durante el resto del viaje, Rik.

–Buena idea.

Momentos después, se pusieron en marcha. Pero Rik no dejó de mirar por el retrovisor para asegurarse de que estaban bien. Y cuando Matthew se quedó dormido, Sapphie lo tranquilizó con una sonrisa.

No dejaba de sorprenderse con la capacidad de recuperación de los

niños. Matthew podía tener fiebre alta un día y estar jugando tranquilamente unas horas después. En cambio, ella tardaba días en recuperarse del susto.

Y al cabo de un rato, cuando empezaron a bañar a Matthew, Sapphie pensó que con el caramelo había pasado lo mismo. Rik, que se había pegado un susto tan terrible como el suyo, seguía preocupado; pero Matthew se dedicó a jugar con el agua como si no hubiera sufrido el menor percance.

Ya lo habían metido en la cama cuando el niño miró a su padre con sus grandes ojos azules y preguntó:

–¿Estarás aquí mañana, cuando me despierte?

–Bueno, yo…

–Susie, una de mis amigas del colegio, dice que su padre siempre está junto a ella cuando se despierta.

Sapphie tragó saliva.

Al final, había decidido decirle la verdad a Matthew sobre Rik porque le había parecido lo mejor para los dos, aunque sabía que le iba a complicar las cosas. Pero jamás se habría imaginado que Matthew iba a mencionar a su padre a los chicos de su curso de preescolar, al que asistía tres veces por semana.

–Es que el padre de Susie es profesor –explicó ella.

Matthew asintió.

–¿Y qué es mi papá?

Rik, que estaba fascinado con el niño, contestó:

–Yo escribo historias.

–Pues mamá siempre está conmigo por la mañana…

Sapphie se dio cuenta de que la presencia de Rik ya le resultaba completamente natural, como si llevara toda la vida con él. Y pensó que tal vez fuera completamente natural para un niño de cuatro años.

Poco después, le dieron un beso de buenas noches, lo arroparon y bajaron a la cocina.

Sapphie todavía se sentía orgullosa de Matthew por la facilidad con la que había asumido la aparición de su padre.

Tras varios días de prepararse a sí misma y de pensar muy bien lo que le iba a decir, Matthew le había sorprendido gratamente. De hecho, al saber de la existencia de Rik, se había limitado a preguntar dónde vivía.

Y no era un triunfo pequeño, teniendo en cuenta que lo había

tomado por un hombre malo cuando lo vio por primera vez.

Al llegar a la cocina, ella preparó café y Rik se sentó a la mesa y se dedicó a observarla. Joan, con su habitual tacto y consideración, había decidido marcharse al cine con una amiga. Pero la situación le pareció peligrosamente íntima a Sapphie.

Se habían quedado solos.

–Estás algo pálida –comentó él mientras ella llevaba el café a la mesa–. Matthew se encuentra bien, no te preocupes.

–Sí, ya lo sé.

–Y dudo que lo del caramelo tenga efectos secundarios. Solo lamento…

–No lo lamentes –lo interrumpió ella.

–Pero si no se lo hubiera dado…

Sapphie sirvió los cafés y dijo:

–Y si no hubieras estado allí, se habría ahogado.

–Si no hubiera estado allí, no le habría pasado nada. Aunque parecía bastante tranquilo cuando lo hemos acostado.

–Es cierto. Pero hay que ver lo mal que se pasa… Cuando ocurren estas cosas te das cuenta de lo frágil que es la vida.

A Sapphie se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Si le pasara algo a Matthew… –continuó.

Rik se levantó y la tomó de la mano.

–No le pasará nada.

–Pero si le pasara…

–No le pasará –insistió él con firmeza–. No permitiré que le pase nada malo.

Ella soltó una carcajada sin humor.

–Pero tú no estarás aquí, Rik.

–Siempre estaré aquí. Siempre me tendrás.

Sapphie se quedó inmóvil, mirándolo con asombro. La intensidad de su mirada le pareció tan desconcertante como su afirmación de que siempre lo tendría allí.

–Sapphie, sé que no estás preparada para oír esto, pero… –Rik se detuvo un momento y suspiró–. Además, no quiero estropear las pocas opciones que tenga contigo, pero…

–¿Pero?

Él respiró hondo.

–Te amo, Sapphie. Te amo.

Sapphie no se podía mover. Solo podía mirarlo.

Se dijo que no era verdad, que no podía ser verdad, que no estaba enamorado de ella, sino de Matthew.

Y él insistió de nuevo.

–Te amo.

–No, Rik, tú no me amas a mí…

–Por supuesto que te amo a ti. Y solo a ti, Sapphie.

–¿Y Dee? –se atrevió a preguntar–. La amas. Siempre estuviste enamorado de ella.

Él sacudió la cabeza.

–No, en absoluto. Estuve encaprichado de tu hermanastra durante una temporada, es verdad; y supongo que el hecho de que se casara con otro hombre, intensificó ese sentimiento. Pero no estaba enamorado de ella. Estaba enamorado de una idea de pasión y de cariño, de fuego y de risas…

Sapphie le dejó hablar.

–Tú eras la persona a la que amaba. Te amé desde la noche en que nos acostamos, pero estaba tan confundido con mis sentimientos que tu imagen y la de Dee se mezclaron en mi cabeza… pero siempre amé a la mujer cálida, a la mujer inteligente, a la generosa, a ti.

Sapphie sacudió la cabeza. No se atrevía a creerlo.

–Eso no es cierto, Rik. Vi tu cara cuando llegamos a casa y empezó a defenderme con tanta fiereza. La mirabas con amor.

–No, yo no amo a Dee. No la he amado nunca.

–Rik, no me digas que…

–Lo que viste no fue más que admiración. Me sorprendió que Dee se mostrara súbitamente tan decente y digna. Hasta entonces, no la había visto nunca en ese papel… Pero te amo a ti, Sapphie. Y siempre te amaré.

Ella lo miró con desesperación.

Intentaba creer sus palabras, pero le costaba mucho. Lo amaba tanto que, sencillamente, no se podía conformar con nada que no fuera su amor.

Con nada.

Tenía que creerlo.

Rik necesitaba que Sapphie lo creyera. Era lo que más había necesitado en toda su vida.

Porque siempre la había amado.

Ahora se daba cuenta de que su encaprichamiento con Dee le había impedido mantener una relación con la mujer a la que realmente quería, la mujer con la que había hecho el amor aquella noche, la mujer de quien se había enamorado sin darse cuenta.

Sapphie.

–No, Rik. Tú no me quieres a mí, sino a Matthew –repitió ella.

Rik volvió a lamentar habérselo dicho tan pronto. Ya suponía que no estaba preparada para escuchar su declaración, pero se había arriesgado porque existía la posibilidad de que no tuviera otra ocasión de decírselo.

–Sí, es cierto que quiero a Matthew y que me volvería loco si lo perdiera. Pero estoy enamorado de ti. Y si te ocurriera algo… no me atrevo ni a pensarlo, Sapphie. Porque no sería capaz de vivir sin ti.

Rik había sido completamente sincero.

Sapphie lo era todo para él. Quería estar con ella cada mañana, cuando abriera los ojos, y amanecer a su lado hasta el fin de sus días.

Pero ella seguía en silencio, mirándolo.

Desesperado, le soltó la mano porque no estaba seguro de poder contener el deseo de besarla. Y en ese momento, no habría sido de ayuda.

–Sapphie, quiero casarme contigo.

–¿Cómo?

–Comprendo que te cueste creerme después de lo que ha pasado. Y me gustaría explicarme mejor, pero no sé…

Rik empezaba a perder la calma. Aquello era muy importante para él; quizás, la última oportunidad de confesarle lo que sentía.

Y no podía perderla.

–Cuando volví a ver a Dee en París, cuando oí su voz de repente… fue como si el pasado volviera y reviviera emociones que creía enterradas.

–Rik, no tienes que explicarme nada.

–Pero quiero explicártelo. No podía respirar; no podía hablar…

–Porque la amabas.

–¡Pero si ni siquiera me gusta! –gritó, frustrado.

Ella lo miró con sorpresa.

–Estaba enamorado de ti, Sapphie. Siempre estuve enamorado de ti. Pero no me di cuenta hasta que os vi juntas en París… Dee es fría,

egoísta y sorprendentemente aburrida; tú, en cambio, eres cálida, amable y tan divertida que jamás me podría aburrir contigo. Me gustas tanto que a veces no me dejas pensar.

Sapphie sonrió.

–Debe de ser muy incómodo…

En Rik prendió un rayo de esperanza.

–No, no es incómodo en absoluto –declaró con una sonrisa–. Tú eres lo primero que me viene a la cabeza cuando abro los ojos por la mañana, y lo último en lo que pienso cuando me quedo dormido de noche. A decir verdad, no dejo de pensar en ti en ningún momento. Nik dice que me he vuelto el tipo más aburrido del mundo.

Sapphie tragó saliva y se humedeció los labios.

Rik captó el movimiento de su lengua y la miró con hambre. La deseaba tanto que estuvo a punto de romper su cautela y su intención de tomarse las cosas con tranquilidad. Si hubiera sido posible, le habría hecho el amor allí mismo. Pero supuso que eso habría destrozado todas sus opciones.

–Nik no sabe nada de nada –afirmó Sapphie–. Te aseguro que yo no me aburro nada cuando estoy contigo.

–¿No?

Ella sacudió la cabeza.

–Claro que no.

–Entonces…

–Rik, yo tampoco he sido completamente sincera contigo.

Rik se quedó esperando una explicación.

–¿Crees en el amor a primera vista? –continuó ella.

Él frunció el ceño. Dio por sentado que le iba a hablar de su enamoramiento de Jerome, lo último que necesitaba oír en ese momento.

Pero se equivocaba.

–Me refiero a ti, Rik. A ti.

–¿A mí? No te entiendo… acabo de decirte que no estoy enamorado de Dee y que no lo he estado nunca.

–Olvídate de Dee…

–Eso está hecho.

Sapphie sonrió otra vez.

–Rik, te confesé que yo era virgen cuando nos acostamos. ¿Te acuerdas?

–Claro…

–Y también te dije que me había acostado con muchos hombres desde entonces.

–Sí, también lo recuerdo.

–Pero lo último no es verdad.

Rik se quedó sin aliento. El deseo de tocarla se había hecho tan fuerte que casi estaba temblando.

Sapphie dio un paso hacia él y lo miró con toda la intensidad de aquellos ojos de color ámbar.

–Cuando fui a la boda de Dee y de Jerome, pensaba que iba a ser testigo de la boda del hombre al que supuestamente amaba.

–No sigas, Sapphie –le rogó Rik–. No sé si podría soportar otra explicación sobre tus sentimientos hacia…

–He hablado del hombre al que supuestamente amaba –le repitió ella–. Y lo he dicho así porque, en realidad, no estaba enamorada de él.

–¿Ah, no?

–No, Rik. La ceremonia me resultó tan dolorosa que, en determinado momento, aparté los ojos del altar, me giré y te vi… Y entonces supe que tú eras el hombre del que estaba enamorada. Lo supe de golpe. Me enamoré de ti a primera vista.

Rik no fue capaz de hablar.

–Te amo, Rik. Te he amado siempre.

Él se sintió como si le hubieran propinado un puñetazo en la boca del estómago. Sus pulmones se habían quedado sin aire.

–Tú… Yo…

–Sí, Rik, tú y yo. Y no sé lo que pensarás tú pero, sinceramente, no estoy dispuesta a perder cinco años más de mi vida.

A Sapphie le brillaron los ojos y él pensó que había sido un estúpido. Si no se hubiera cegado con Dee, llevarían cinco años juntos.

Se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

–¡Te amo, Sapphie! ¡Dios mío, no sabes cuánto te amo! ¡No volveré a separarme de ti, nunca más!

Rik le dio un beso tan apasionado que los dos tardaron varios segundos en recuperarse de la emoción.

–Cásate conmigo, Sapphie. Creo que me volvería loco si no te conviertes en mi esposa –le confesó.

Ella se rio suavemente.

–Me casaré contigo, Rik. Claro que me casaré contigo.

Sapphie le dedicó una mirada llena de amor, la mirada que Rik siempre había deseado; la que había estado buscando durante tanto tiempo.

Epílogo

MATTHEW se ha tomado muy en serio lo de Papá Noel, ¿verdad? Rik sonrió al entrar en la cocina, donde Sapphie le esperaba. Acababa de acostar y dar las buenas noches a su hijo.

–Y no es que yo me queje –Rik le pasó los brazos alrededor de la cintura–. De hecho, así es más divertido para nosotros.

Sapphie se giró. Llevaban cuatro meses de casados y seguía siendo la mujer más feliz del mundo.

–¿Más divertido? ¿A qué te refieres?

Él la miró con adoración.

–A las Navidades… creo –contestó–. Me cuesta mucho pensar cuando estoy tan cerca de ti, cariño.

Los cuatro meses anteriores habían sido los más felices de la vida de Sapphie. Jamás se habría imaginado que ser la esposa de Rik pudiera ser tan apasionante. Y estaba segura de que él sentía lo mismo que ella.

Además, formar parte de la familia Prince era como vivir envuelta en un gran abrazo. Las cuatro cuñadas, Stazy, Jinx, Tyler y la propia Sapphie, se habían hecho grandes amigas. Y Matthew, que adoraba a su nueva familia, ardía en deseos de pasar las Navidades con ellos en el hotel canadiense de Whistler, donde se iban a ver.

–Oh, Rik…

Se puso de puntillas y le dio un beso en la boca. Luego, alcanzó las dos copas que había llenado mientras él acostaba al niño, y le dio una. La de Rik contenía champán; la suya, zumo de naranja.

–¿Champán? –preguntó él, sorprendido–. ¿Qué estamos celebrando?

–Tres cosas.

–Te escucho…

–Jerome ha llamado mientras estabas arriba.

–¿Por los mellizos?

Sapphie asintió.

–Sí, Fergus y Fiona. Pesan tres kilos y se encuentran perfectamente bien, al igual que Dee. Y en cuanto a Jerome, ya te lo puedes imaginar… está radiante de alegría.

Dee había tenido un embarazo bastante fácil. De hecho, solo se había quejado de que, a partir del séptimo mes, no se podía ver los pies.

Su hermana no había cambiado de forma de ser; seguía siendo la de siempre, pero había mejorado mucho y Sapphie se sentía más cerca de ella que en toda su vida.

–Eso es magnífico…

Sapphie brindó con él.

–Pero has dicho que eran tres cosas –continuó Rik.

–Sí. La segunda es que mi madre ha decidido vender la casa.

–Ah, entonces va a vivir con nosotros…

Joan se había negado a vivir con ellos cuando Rik y Sapphie se compraron una casa después de la boda. Decía que una pareja de recién casados necesitaba intimidad. Y las protestas de su hija y de su yerno no sirvieron de nada.

–No, no vivirá con nosotros.

–¿Y qué va a hacer?

–Se va con Jackson.

Rik parpadeó, atónito.

–¿Con Jackson?

–Lo que oyes.

–¿Con el padre de Jinx? ¿Con ese Jackson?

A Sapphie no le extrañó que se mostrara tan sorprendido. Ella misma se había llevado una sorpresa, aunque ciertamente positiva, cuando su madre la llamó por teléfono para darle la noticia.

–Sí, ese Jackson. Al parecer, los dos se cayeron tan bien cuando se conocieron el día de la boda que se han estado viendo mucho.

–¿Y por qué no han dicho nada? –preguntó Rik con extrañeza.

–Bueno, decidieron no decir nada a la familia porque no sabían si la

relación saldría adelante; pero anoche…

–¿Jackson se lo pidió?

Sapphie asintió con entusiasmo.

–Exactamente. Jackson le pidió que se casara con él.

–¿Y qué hizo tu madre?

–Aceptar, por supuesto.

–¡Caramba! –exclamó Rik, atónito.

El padre de Jinx había enviudado un par de años antes, y Joan llevaba sola demasiado tiempo. Sapphie no habría podido imaginar ni mejor marido ni mejor situación para su madre, que se merecía ser feliz.

–Aún no me has contado la tercera cosa…

Sapphie se ruborizó un poco.

–Ah, es cierto.

–Bueno, ¿cuál es?

–Sé que en Año Nuevo empezáis con la producción de *No Ordinary Boy*, pero me estaba preguntando si podrías encontrar la forma de estar libre el año que viene, entre julio y principios de agosto.

Rik arqueó una ceja.

–¿Por qué? ¿Qué tienes en mente?

Los ojos de Sapphie brillaron con amor.

–Una visita rápida al hospital antes de dar un hermanito o una hermanita a nuestro querido Matthew –respondió.

Rik se quedó pálido y completamente inmóvil.

No se lo podía creer.

–¿Insinúas que… ?

–¡Estoy embarazada, Rik!

–Oh, Dios mío…

–Esta mañana no estuve de compras, como te dije. En realidad, fui a ver al médico. Y bueno… me ha dicho que vamos a tener un bebé.

Rik tragó saliva. Estaba tan emocionado que no podía hablar.

–¿No te parece maravilloso? –dijo ella.

–¿Maravilloso? ¡Es genial! Te adoro, Sapphie…

Rik soltó un gemido y la abrazó con fuerza.

–Yo también te amo, Rik. Te amo con toda mi alma y siempre te amaré.

Siempre.

Sapphie se dijo que la palabra «siempre» debía de ser la más

hermosa de todo el diccionario.

Pero después, pensó que se equivocaba. La palabra más hermosa de todo el diccionario era otra, «amor».

Algo que Rik y ella tendrían toda la vida.